

Audiolibro A N Es De D A Miguel
Delibes Cap Tulos 6 7 8 9

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Jennifer Larsen (DeKalb)** - - - - Capítulo Sexto. Nada más levantarse al día siguiente, Orenca le entregó una carta que habían introducido por debajo de la puerta. Ante el tazón humeante de malta con leche, Sebastián rasgó el sobre y vio confirmadas sus sospechas de que la carta era de la Aurora. En ella le decía que se veía comprometida a acompañar a su madre a Madrid para un asunto imprevisto, que estarían fuera una semana aproximadamente y que podía escribirla al hotel Gran Vía con la frecuencia que lo deseara. Como remate, le enviaba su saludo más afectuoso. Sebastián frunció el ceño, pensativo, mientras sorbía lentamente la malta con leche. No sabía por qué consideraba aquel viaje como una huida, como un tapujo organizado para engañarle. Sebastián recelaba siempre. Quizá su constitución o el proceso de su vida le habían forzado a ser así. Instintivamente advirtió que tenía las manos frías y que el café amargaba: —Orenca, ¡la sacarina! —gritó, casi maquinalmente. La ración de azúcar, bien vendida, daba para adquirir sacarina para todo el mes. Era una combinación ventajosa que Aurelia no despreciaba poner en práctica. La niña apareció con una cajita y, sin decir nada, echó dos diminutas pastillas en el tazón. De nuevo Sebastián se abstraía y se llevó la taza a la boca varias veces, mecánicamente. Concluido el desayuno, siguió imperturbable en la silla, pellizcándose el labio inferior hasta dejarlo exangüe. La cabeza le pesaba y tenía ardor de estómago, exactamente como si la garganta fuese una chimenea por donde resollase una gran hoguera interior. Decididamente no le gustaba aquel inesperado viaje a Madrid, así, sin despedirse. Y, sobre todo, después de la breve y misteriosa entrevista con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla. «Si estará arrepentida y no se atreverá a confesármelo», se dijo, y se movió inquieto en la silla. Inadvertidamente había introducido su dedo anular entre los dientes y roía con avidez la uña achaparrada. De súbito se dio cuenta y sacó el dedo de la boca. — ¡Demonio, qué vicio! —murmuró, y se puso en pie. Cuando se colocaba el abrigo, surgió Aurelia de la cocina, secándose las manos en el regazo: — ¿Qué te dice la Aurora? —Nada de particular—Sebastián respondió con dureza, malhumorado—. Se ha marchado a Madrid con doña Claudia. Aurelia le guiñó un ojo con malicia y luego le apretó un brazo como queriendo imbuirle sus propios pensamientos. — ¿Qué? El ánimo de Sebastián no se hallaba para admitir e interpretar sugerencias indirectas. Se sentía tozudo y premioso de mollera. —Seguro que no me equivoco si te digo que ha ido a agenciarse el equipo. Sebastián tomó el picaporte y entornó la puerta de la calle. — No queremos casarnos tan pronto. —Déjame hablar. Aunque ahora digas eso, luego el cuerpo te va a pedir otra cosa. Ya me lo dirás más adelante. Cerró de un portazo. Le deprimían los juicios y sospechas de su madre, el modo rastrero, casi animal, de enfocar todas las cuestiones, incluso las más delicadas y respetables. Caminó a paso rápido hacia los Almacenes. Estaba helando y el andar se hacía peligroso. Sebastián pensó en la Aurora y otra vez lo relacionó todo, la absurda negativa a salir de paseo la tarde anterior, la fuga a Madrid, su inesperada misiva, con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla que mordisqueaba con la mayor indiferencia un palillo de dientes. Se hallaba disgustado y notaba dentro de sí una ardiente y apasionada rebelión contra el curso de los acontecimientos. Al entrar en el almacén advirtió que era Manolo el eje de la habitual tertulia en torno al radiador. Uno de los hermanos rubios vociferaba al entrar él: —El bestia es usted por tener ocho hijos en estos tiempos. Nadie le manda a usted hacer una salvajada semejante. A no ser que entre en sus cálculos ganar el premio de natalidad. Manolo permanecía callado y compungido, mirando en derredor con ojos ausentes y apagados. Aquella noche su mujer había dado a luz su octavo hijo. Había sido un parto laborioso; muy lento y de nalgas. A última hora, el tocólogo terminó por sacar la criatura. Su mujer tenía fiebre y no se encontraba bien. Para colmo, otros dos de los chicos tenían el sarampión. Sebastián felicitó efusivamente a Manolo, cuyos ojos se pusieron blandos y relucientes como si fuese a llorar. No obstante, se reprimió y se limitó a decir, contestando más a los destemplados apostrofes de los compañeros que a la sincera felicitación de Sebastián: —Y menos mal; gracias al Seguro, si no me hubiera

entrapado hasta los pelos. La presencia de Sebastián alteró el rumbo de las conversaciones. Fue Emeterio quien, entre investigación e investigación a los agujeros de la nariz, prorrumpió en una retahíla de frases jocosas sobre la juerga de la tarde última, terminando por hacer una alusión a la luna destrozada. — ¿Estáis seguros de que fui yo quien rompió la luna? —interrogó Sebastián, por decir algo. — ¿Por qué lo preguntas? —inquirió uno de los hermanos. —No me acuerdo de nada de eso. Rieron otra vez. —Agarraste una buena moña y aquella criada te pegó. ¿No recuerdas que te sentó en la acera de un sopapo? —añadió Emeterio. Sebastián se atusó levemente los párpados. —Todo lo que recuerdo es muy confuso; aún tengo la cabeza muy pesada. Martín no hacía más que desternillarse en un extremo. Su jocunda alegría le vedaba participar en la conversación. Al cabo de un rato afirmó: —Ten cuidado, no te dejes engañar. La luna esa es de cristalina. Ha de costar por debajo de las mil leandras. Estoy seguro. Sebastián reflexionó un momento y añadió tartamudeando: —Mmme... estoy dando cuenta de que si me dieron un golpe en mitad de la calzada y caí sentado en el bordillo de la acera... mmo pude yo romper el cristal... a no ser que rebotase luego, y... Se hizo un penoso silencio e, inmediatamente, Sebastián se arrepintió de sus palabras. Sufría, ahora, suponiendo que sus compañeros pensarían de él que era un desconfiado y un suspicaz; que quería descargar sus culpas sobre ellos. Al fin surgió la voz de Emeterio, oscura y vacilante: —Rebotaste, claro... Pegaste una culada a la luna y luego fuiste a caer sentado sobre el bordillo de la acera. Sebastián deseaba dar por buena cualquier aclaración. Anteponía su permanencia tranquila en el establecimiento a la posibilidad de ahorrarse un montón de pesetas. Después de la respuesta de Emeterio y de la pausa cargada y densa de un momento antes, tenía la seguridad de que no fue él quien rompió la luna del escaparate. Pero no quería enemistarse con sus compañeros, ni contradecirlos de una manera sistemática. Así, respondió a Emeterio: —Sí, naturalmente, pudo ser de esa manera —sonrió amistosamente a todos—; yo estaba algo borracho y no me daba cuenta... Claro que pudo ser así, como Emeterio dice. Observó las miradas de entendimiento que se cruzaron disimuladamente entre los miembros del grupo. Sebastián experimentó una sutil congoja al percatarse de la extremada facilidad que encuentran los hombres para asociarse contra el débil. Y se figuró que si él, en vez de ser así, fuese un cuerpo fuerte arrojando un temperamento impetuoso y dominante, el grupo se mantendría ahora tras él, apoyándole contra el enclenque y el timorato. Emeterio, después de hacer saltar una oscura bola de su nariz por encima del mostrador, habló: —¿Cómo era el piropro que dijiste ayer? Algo del morro y del pitorro... Resulta chocante. Tuvo Sebastián, con el recuerdo, cabal conciencia de su ordinariedad de la tarde última. —Una tontería. —Pero, dime, ¿cómo era? El primer cliente de aquel día cruzó el umbral de la puerta de cristales y liberó a Sebastián de repetir el grosero requiebro. Cada cual ocupó su sector acostumbrado y Sebastián se dirigió al lugar de Hugo. Martín, a su lado, le insistió plegando coquetonamente su recortado bigotito: —Escucha lo que te digo. La luna esa es de cristalina y ha de valer dos perras gordas. Yo conozco el género; no te dejes estafar. Pero Sebastián no pensaba ya en la luna. Le inquietaba la conciencia de su nueva misión en el almacén. En lo sucesivo, su tarea consistiría en despachar y Emeterio tendría que trabajar para él. Esto le abochornaba un poco. Emeterio era más antiguo que él en el almacén y, no obstante, era él quien había ascendido. Sebastián tenía una creencia difusa de que estas postergaciones son muy difíciles de soportar con elegancia entre los hombres. Así, cuando se vio en la precisión de solicitar una pieza, él mismo fue a buscarla, medroso de humillar a su compañero. Sebastián se desenvolvió bien en su primer día de dependiente. Desenrollaba los géneros con facilidad, y si de algo cojeaba era de ser muy poco insistente. Se le hacía una montaña violentar a nadie para comprar lo que no le agradaba y le resultaba ingrato emplear aquellas frases persuasivas que tan naturales y desinteresadas parecían en boca de sus compañeros: «Esto no es para usted», «A usted, que distingue lo bueno de lo malo, le voy a enseñar...», «Para usted tengo algo reservado». Nada de esto le sonaba bien a Sebastián pronunciado por sus labios. A su juicio, le faltaba la hipocresía suficiente para dar a aquellas frases el necesario tono trivial para que aparentase que, efectivamente, se le hacía al cliente un gran favor. Sin embargo, poco a poco, Sebastián iba entrando por el aro. No fue el primer día, ni el segundo, pero transcurrida una semana, después de prolongados ensayos en la soledad de su alcoba, llegó a pronunciar las frases rituales del buen comerciante con la espontaneidad y la convicción precisas para que nada, por este lado, pudiera objetársele. A medida que la jornada avanzaba, los movimientos y las palabras adoptaban un riguroso automatismo. Las frases salían sin esfuerzo y el plegar y desplegar, el enrollar y el desenrollar de las piezas, se hacía mecánicamente; en apariencia, sin que la cabeza, ni casi los músculos de Sebastián, colaborasen en la operación. Todo era simple y primariamente sencillo. El timbre de la caja significaba un incentivo no despreciable. Equivalía al grito de: «¡Siguen entrando pesetas!», y esto, a fin de cuentas, era lo que a él, a don Arturo, a don Saturnino y a todo el personal de los Almacenes interesaba. Así fueron discurriendo los días. En los ratos libres Sebastián se encerraba en casa o pindongueaba, solitario, pensando siempre. No volvió a salir con sus camaradas. Su antigua suspicacia hacia ellos había renacido más agudizada que antes. Les temía. Temía que, en cualquier instante, le escupiesen una chirigota o sacasen a relucir sus deformidades físicas. Dos

tardes escribió a la Aurora. Respecto a ella, había concluido por convencerse de que la vida a su lado sería siempre así, desconectada y libre, para que cada cual pudiera tomar sus determinaciones. La Aurora no era un temperamento para someterse; podía rogársele, pero no humillarla con una exigencia o una orden. Le escribió un poco fría y forzosamente, aunque salpicando la misiva de los adjetivos empalagosos que en determinadas circunstancias solían cruzarse entre ellos. De ella recibió otras dos cartas, no muy largas, pero en las que se hacía ostensible su preocupación por anotar que le seguía queriendo con la misma fuerza y sinceridad de siempre. A pesar de esto, el recuerdo del joven del mondadientes proseguía martirizándole, imprimiéndole la desagradable sensación de no ser más que un copartípe en el disfrute de las caricias de la Aurora. Por las noches, la Orenca le vendaba las manos. Este sacrificio proporcionaba a Sebastián la satisfacción de ver cómo sus uñas achaparradas, desbordadas por la carne de las yemas de los dedos, iban creciendo, elevando y desarrollando su natural frontera. A veces le asaltaban unos deseos casi irreprimibles de despojar las manos de aquellos harapos y morder hasta hartarse las puntas de aquellas uñas, magras y apetitosas. La contención le volvía loco. Era como el primer día de un fumador que ha dejado el cigarro. Se desazonaba y no encontraba orden ni razonamiento en su cerebro. Pero también, esfuerzo a esfuerzo, fue dominando este vicio. Y un buen día se dio cuenta de que sus manos pequeñas y nudosas habían ganado mucho, desde el punto de vista estético, coronadas por aquellas uñas formadas y normales. Para completar su adecentamiento físico, Sebastián se hizo un traje. Fue cuestión pavorosa la decisión y la elección de tela. En los Almacenes le hacían una importante rebaja y Aurelia se empeñó en acompañarle una tarde para ayudarle a escoger. Esta determinación de su madre oprimió a Sebastián. Tenía presentarla ante sus compañeros, más que nada por las expresiones de su lengua irresponsable. Pero un día Aurelia se arregló y, sin consultarle su opinión, partió con él hacia los Almacenes. Todo resultó bastante menos violento de lo que Sebastián había imaginado. Su madre se mostró discreta y hasta razonable. Únicamente se empeñó en ver despachar a Sebastián, y sólo cuando éste, con la natural prevención al saberse observado, vendió unos metros de sarga azul, Aurelia se decidió a marchar. A última hora lo estropeó todo largando un discurso absurdo y sensiblero a la dependencia. Sebastián aquilataba los esfuerzos de todos para no reír, y se hubiese lanzado contra su madre y la hubiera amordazado cuando ésta remató su vibrante discurso apelando a los buenos sentimientos de la dependencia para que se comportasen con su hijo —un pobre desgraciado— con espíritu fraternal y caritativo. Su alocución estuvo mechada de los vocablos groseros y desagradables que Aurelia llevaba siempre a flor de labio y que ocasionaron en Sebastián unas violentas náuseas. Aquella tarde no dio pie con bola y anduvo errante y desacertado por el establecimiento. Al salir pasó por Faustino —el sastre más acreditado de su barrio— a tomarse medidas. Dos días después el traje estuvo concluido. Sebastián no se encontraba dentro de aquella tela nueva que todavía olía a tejido recién fabricado; no se atrevía a doblar los brazos y caminaba agarrotado y tenso, como si se hubiera tragado el palo de una escoba. A punto fijo sería imposible discernir si la tal rigidez la inspiraba el respeto al tejido intacto e impoluto o al íntimo orgullo de la percha. Ante Orenca, Sebastián se confió esperanzado: —Dime, ¿cómo me encuentras? —El traje es bonito. Le dio un vuelco el corazón a Sebastián. —Pero yo, yo, dime... yo con él, ¿cómo estoy? —Eres canijo, Sebastián, y eso no puede taparse con nada. La bárbara sinceridad de Orenca desconcertaba a su hermano. Quizás era esta propiedad la que le llevaba siempre a solicitar su parecer, aunque luego, a renglón de oírlo, se arrepintiese de haberlo hecho. Aquella noche durmió mal. Soñó con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla y, entre sueños, vislumbró con desagrado que el joven descarado se quitaba el mondadientes de la boca y, con la punta, hacía cosquillas a la Aurora en los sobacos en plena Plaza del Mercado. Lo que más le irritó fue el que la Aurora le riese la gracia con nervioso deseo de agradarle. Al día siguiente se despertó con un ataque de celos que le desasosegaba. Volvió a tomar cuerpo en él el pensamiento de que la Aurora le traicionaba, y con ello olvidó la contrariedad que le produjera el juicio de la Orenca sobre su persona encerrada en el traje nuevo. La actividad del almacén no le aplacó, antes bien aumentó su nerviosismo al presagiar que, aunque los celos le mordiesen con mayor ferocidad aún, él tendría que seguir firme al pie del cañón, con la sonrisa en los labios, como si no fuese susceptible de sufrir y padecer. Comprendió entonces, en toda su intensidad, la tragedia del pobre Manolo, que sonreía siempre, aunque acabasen de abrirle un pecho a su mujer o de sacarle un hijo por las bravas. Al salir encontró al «doctor cubano» en sus postreras exhibiciones matinales en la Plaza del Mercado. Atraído por una fuerza inorillable se aproximó al cerco que lo acosaba. —Yo soy el «doctor cubano» y les juro a ustedes que siempre he respetado la primera fila de butacas para los niños... —Una pausa—. Aquí se admiten toda clase de consultas, a excepción —se detenía otro poco después de pronunciar excepción— de las religiosas, políticas, de abastos y de tasas... Perfeccionaba el corro con un manoteo incierto y convencional. Una pobre mujer se le acercaba. Seguidamente el doctor solicitaba de la adivinadora: —Se te pide que te concentres... —El seguía perfeccionando el corro—. Concentra, concentra, concentra... Sebastián imaginó súbitamente que nadie mejor que el «doctor cubano» para sacarle de su terrible incertidumbre. Aquella mujer, tan

poca cosa, con los ojos vendados y su agria e intempestiva voz chillona, podía extraer de su cerebro en tinieblas, y —según creencia de Sebastián— atiborrado de misteriosos cajoncitos como un interminable y ordenado fichero, las respuestas a sus agujoneantes dudas sobre la Aurora. Sebastián trataba de animarse para la consulta. Dentro de sí notaba el estrépito sordo de una lucha denodada. Una parte de sí mismo se inclinaba por abrir su pecho al «doctor cubano», mientras otra se oponía tajantemente, tachándole de crédulo e ignorante. Al concluir cada consulta, Sebastián hacía un ligero gesto al doctor con el deliberado propósito de que éste no lo advirtiese. De esta manera se consolaba, diciéndose que él no tenía la culpa de que el doctor no atendiese sus demandas. Con su indecisa actitud Sebastián dio tiempo a que el «doctor cubano» terminase su exhibición cuando aún no se había decidido del todo a consultarle su caso. El círculo de espectadores se disolvió en un minuto y allí quedó Sebastián, frente a frente de la adivinadora. Ésta y el «doctor cubano» recogían apresuradamente sus bártulos. En aquel trasiego, Sebastián advirtió que el doctor llamaba Pepa a la gran serpiente que constituía el terror y la admiración de la chiquillería. Cuando la pareja se puso en movimiento, un impulso todavía no determinado animó a Sebastián a seguirla. Entonces se le ocurrió que quizá la adivinadora admitiese consultas privadas en su casa. Esta esperanza le empujó a proseguir la persecución mientras, con la mano en el bolsillo, hacía un minucioso arqueo de sus fondos disponibles. Así atravesaron las calles principales y entraron en un barrio extremo, un barrio sucio y populoso, de mal aspecto, donde abundaban las tabernas ínfimas y los prostíbulos. Sebastián estuvo a punto de volverse atrás. Pero lo pensó mejor y prejuizó que el destino del «doctor cubano» no andaría ya muy lejos. Y no se equivocó. Unos pasos más allá, la adivinadora y su acompañante enfilaron una bocacalle estrecha y fangosa, poblada por un enjambre de chiquillos sucios y harapientos que chillaban descomedidamente. La pareja se introdujo en un portal y Sebastián apremió el paso en pos de ella. Ante la casa se detuvo; vaciló un momento y, al fin, penetró en ella resueltamente. Sebastián no estaba habituado a frecuentar casas lujosas. Su barrio no se caracterizaba precisamente por la suntuosidad de sus mansiones, pero el hogar del «doctor cubano» le causó una impresión penosa. En el portal se hacinaban basuras atrasadas, sobre un suelo que en su día había sido de mosaicos rojos y que ahora aparecía irregularmente pavimentado, con enormes huecos por donde asomaba la tierra y que, en conjunto, semejava la sonrisa de un hombre con la dentadura destrozada e incompleta. Ascendió cuatro escalones y se encontró en un angosto descansillo. A izquierda y derecha, los huecos de las puertas se hallaban mal cubiertos por unas telas remendadas y mugrientas. Las paredes estaban negras de letreros, de comas trazadas con el dedo manchado de porquería, y de excrementos de insectos. Vaciló nuevamente Sebastián, y cuando, ya decidido, quiso llamar, percatóse de que en aquellas colgaduras asquerosas, tendidas en el umbral a modo de puertas, no había medio de producir ruido alguno. De improviso, tras el colgajo de la vivienda de enfrente asomó la cara tiznada de un mozalbete. —Dígame —farfulló Sebastián—, ¿el «doctor cubano»? El chico no contestó, pero se puso a dar grandes gritos: — ¡Páacoo! ¡¡Páacoo!! Inmediatamente oyó Sebastián, tras la colgadura más próxima, el timbre oscuro y firme de la voz del «doctor cubano». Casi simultáneamente se descorrió el pingajo y asomó el ancho rostro del «doctor». — ¿Quién llama? Sebastián se aturdió. — ¿Es el «doctor cubano»? — indagó. — Yo soy. ¿Qué quería? Aparentaba disgustarle la irrupción. Sólo después de ímprobos esfuerzos le salía la voz del cuerpo a Sebastián: — Mmmme haría el favor... Yo quería hacerle una consulta, y... Dudó el doctor. La adivinadora surgió a su lado y le hizo una indicación con la cabeza. — Pase — dijo el doctor. La habitación era áspera y destartalada. En el medio había una mesa cuadrada con un florero roto y pegado en el centro. Junto al ventanuco que daba a la calle se exhibía una mecedora con dos dedos de polvo y el balancín partido. Había, además, dos parejas de sillas desiguales, las cuatro con el asiento agujereado. En un rincón, sobre un jergoncillo anémico, dormía un crío de teta, pálido y esmirriado, y un gato lleno de calvas sanguinolentas le lamía un pie amoratado de frío. Había otros tres huecos de puertas además del de entrada, todos clausurados por unas cortinas deshilachadas de diversos tejidos. — Siéntese. ¿Trae usted dinero? Sebastián mostró los fondos previamente recopilados. — Doce sesenta y cinco — murmuró, puntualizando. — Por ese precio poco podemos decirle. En la angostura del aposento el «doctor cubano» parecía más corpulento y poderoso que en la Plaza del Mercado. La mujer era menuda, escurridiza y pecosa como un trozo de cielo estrellado. — Sólo quiero que me contesten «sí» o «no». — Usted dirá, entonces. — ¿No necesita vendarse? — dijo Sebastián, aludiendo con un gesto a la mujer. — No, no es necesario. Dudó otra vez Sebastián. Ahora se le hacía peliaguda la consulta. — Mmmme gustaría saber... Es una tontería, ¿saben?... Pero estoy un poco desorientado. Eso es todo. Sonrió servilmente, pero al advertir el gesto adusto del doctor, la sonrisa se transformó en una mueca desolada. — Mmmme gustaría saber — insistió — si mi novia me engaña con otro... La pareja cambió una mirada indescifrable. La adivinadora se sentó frente a él. Sebastián la observaba sin pestañear. Ella frunció el ceño y se llevó los dedos a los ojos, concentrándose, denotando una acusada semejanza con un anuncio, muy difundido por la ciudad, de unas píldoras contra el dolor de cabeza. Sebastián sufrió por ella. Juzgaba leonino obligar a comprimirse aquella cabeza portentosa por la irrisoria

cantidad de doce pesetas sesenta y cinco céntimos. Transcurridos unos segundos, la adivinadora bajó las manos, abrió mucho los ojos y dijo gravemente: —Está usted de enhorabuena, joven. Su novia le estima y le es fiel de pensamiento, palabra y obra. ¿Quiere saber algo más? El corazón de Sebastián bailaba de júbilo. Se puso en pie y entregó a la adivinadora todos sus fondos. —Nnnno, nada, nada más; muchas gracias. Salió. Según descendía los desgastados peldaños, oyó la voz gutural del «doctor cubano»: —Vuelva cuando quiera. Estamos a su disposición. Aurora anunciaba que llegaría en el tranvía a la hora de comer. Por eso Sebastián recogió aquel día las piezas amontonadas sobre el mostrador con mayor premura que de costumbre. Los nervios no le dejaban en paz. En semana y media había perdido la noción concreta de la Aurora, sus rasgos se le difuminaban en el recuerdo y hasta la vibración de su voz había dejado de serle familiar. Bobamente se preguntaba qué efecto le causaría su novia; si el contacto de su mano continuaría detentando suficiente poder para hacerle estremecer. Camino de la estación tuvo una repentina revelación. Se dio cuenta de que su impaciencia por volver a ver a la Aurora no la dictaba el cariño, sino más bien la ansiedad por convencerse de que la Aurora no se mofaba de su inferioridad; de ver si la Aurora, al menos, seguía guardando las apariencias. Andaba deprisa, moviendo nerviosamente sus cortas piernas. En su precipitación adelantaba la cabeza, como si de ella dependiese y no de las extremidades inferiores el llegar antes. Franqueó una gran avenida del parque público, dejando a su izquierda las moles grises de las casas más antiguas y eminentes de la ciudad. Al acabar de recorrerla comenzó a sonar, modulada y estridente como un lamento, la sirena de la estación. Aquella sirena había anunciado la vecindad de los aviones enemigos durante la guerra y desde entonces conservaba una agria y amenazadora entonación. Su llamada constriñó a Sebastián a ir más deprisa. Temía, siempre temía, no llegar a tiempo. Esa desconfianza en las propias fuerzas caracterizó a Sebastián desde que dispuso de la facultad del raciocinio. Al fin se vio en el andén. El tren no había llegado aún y Sebastián se acercó a la pizarra que anunciaba los retrasos. El tranvía no figuraba en la tabla, por lo que dedujo que, de retrasarse, no lo haría en más de una hora. Hacía mucho que no se asomaba a la estación y se entretuvo contemplando el ir y venir de los mozos con los carros de los baúles preparados para las facturaciones, los presuntos viajeros presos del nerviosismo del viaje inminente y un viejo colillero, agachándose aquí y allá, con una traza marcadísima de ángulo recto. Eran las dos menos veinticinco cuando Sebastián inició su paseo por el andén. Dos veces lo recorrió a lo largo, animándose a soportar la espera con paciencia. Los trenes no acostumbraban a llegar a su hora. Otro signo de la época consistía en el poco respeto de hombres y vehículos a la puntualidad. Comenzaba el tercer recorrido del andén cuando la campana que había junto al reloj dio la salida a un tren. «Éste tiene que ser», pensó Sebastián, y se aprestó al recibimiento. De las puertas de la cantina y la fonda surgían ahora docenas de personas que aguardaban la aparición del tranvía ante un vaso de vino tinto. Sebastián experimentó un vago malestar al pensar en su reciente borrachera. De repente, entre las personas que salían de la cantina divisó al Sixto, el hermano de la Aurora. El Sixto le vio también y se dirigió hacia él. A nadie hubiera deseado Sebastián tener más lejos en este momento y en cualquier otro de su vida. Sixto era un mozo grandullón, de rostro congestivo y pelo rojizo. Era vigoroso de miembros y terriblemente desgarbado en sus movimientos. Sebastián había temido a Sixto toda su vida. Disfrutaba de una lengua acerba y un temperamento pendenciero e increíblemente mordaz. Vestía de tonos chillones porque le molestaba pasar inadvertido en cualquier parte. Que Sebastián supiera, tres veces había estado procesado como autor de lesiones y una vez en el hospital con una cuchillada en el vientre. Todo ello, lejos de mitigar sus humos de luchador, había contribuido a enardecerlo y a fomentar sus cruentas aficiones. Su padre, el señor Sixto, era el más directo culpable de la conducta del mozo. El Sixto presumía, cuando alguien le preguntaba a qué se dedicaba, de malgastar las pesetas «que robaba su padre». Constituía, a su juicio, una ocupación laboriosa —ya que su padre «robaba mucho»—, aunque extraordinariamente agradable. Y no se conformaba con holgazanear él, sino que censuraba a todos cuantos en la vida desarrollaban alguna actividad. A veces, Sebastián oía decir en el barrio que el Sixto era la oveja negra de la familia; pero a él le parecía natural que de una oveja negra se derivase otra oveja negra, incluso más negra que la progenitura. Al ver que se acercaba Sixto, Sebastián pataleó dos veces en el suelo pretendiendo activar la marcha del tren. Desde que se hiciera novio de la Aurora, e incluso desde que abandonara la tienda de comestibles de su padre, no había cambiado una palabra con el Sixto. Torció el gesto cuando éste le golpeó campechanamente la espalda: —¿Qué dice el gran hombre? — ¡Hola! — ¿A quién esperas? Sebastián se sofocó: —A... a... a... Se dio el Sixto una palmada en la frente y rió sonoramente: — ¡Ah, claro, qué tonto soy! Tú esperas a la Aurora, ¿no es cierto? Sebastián asintió con la cabeza. Sixto añadió: —Está bueno eso. Entonces esperas lo mismo que yo. —Miró el reloj del andén y luego añadió indolentemente—: Te felicito; chico, tienes unas buenas tragaderas. Sebastián deseaba mostrarse cordial y simpático, pero la derrota tomada por la conversación le impedía despegar los labios. Particularmente aquello de las «tragaderas» le había dejado atónito y como alelado. ¿A qué quería referirse el Sixto? De nuevo pateó impacientemente en el suelo, anhelando la aparición del tren. El Sixto no se daba reposo: —Creo

que ahora te dedicas al comercio de tejidos. ¡Buen negocio ése para ser el amo! Pero yo, de trabajar en tejidos preferiría ser sastre de señoras; aunque los ingresos no sean tan saneados. —Dibujó unas curvas en el aire con sus manos hinchadas y rojas y prosiguió riéndose—: Ya me entiendes, ¿verdad? Sí, ya creo que nos entendemos. — Volvió a reírse. Sebastián se encontraba incómodo y aturdido. La indiferencia soez y burda del lenguaje del Sixto le sacaba de su centro, quebraba su equilibrio interior. En vista de que no le respondía, el Sixto continuó: —No os comprendo; no comprenderé nunca vuestra abulia para acomodaros a tirar por un sendero que otro traza. Es una esclavitud idiota la vuestra, ¿no? Y no es lo peor el trabajo, sino la rutina de todos los días; dando siempre la misma vuelta, como si el hombre no fuese un poco más que una máquina de rallar pan. A Sebastián le impacientaba la tardanza del tren; le desagradaba la atmósfera, el vapor de vino en que le envolvía Sixto al hablarle desde tan cerca. Sixto proseguía devanando las insulsas bravatas que paría su cerebro: —Y en tus ratos de ocio te dedicarás a leer vidas de santos, ¿no? No me explico para qué queréis vivir algunos. Ocho horas de trabajo y luego a mal comer y a dormir. Esto un día tras otro, un día tras otro, hasta que un buen día estalláis y sanseacabó. Habéis vivido o creéis que habéis vivido y os morís tan a gusto, ¿no es así? La locomotora apareció, al fin, como un punto negro y fumoso en la dilatada perspectiva. — ¡Ya está ahí! —profirió, jubiloso, Sebastián. Sixto le observó, con una mueca maligna deformándole el rostro: —Sinceramente —le dijo, de pronto, tomándole por un brazo y mirándole fijamente—, no querrás hacerme creer que te alegra volver a ver a la Aurora. El tren resoplaba ya, entrando en el andén, y Sebastián se fingió distraído: —Míralas. Doña Claudia y Aurora pegaban sus narices a la ventanilla de un vagón de primera clase. Al divisarlos, doña Claudia comenzó a agitar una mano de arriba abajo, sonriendo. Sebastián se sofocó al pensar que su entrevista con la Aurora habría de verificarse ante una importante representación familiar. Mas doña Claudia se mostró particularmente discreta en aquella ocasión. Abrazó a Sixto, quien llamó «mi vieja» a su madre, y se adelantaron hacia la salida. La Aurora quedó sola, plantada ante él, pálida y desangelada. Sebastián se confesó una vez más que la Aurora no era bella, aunque poseía un incentivo indiscernible en su redonda fealdad. —Hola, Aurora. ¿Cómo te ha ido? Aurora dejó su maletín de piel en el suelo y le tendió la mano libre. En la otra se balanceaba, pendiente de una goma, un muñeco con cara de niño y el cuerpo recubierto de una piel de mono. — Hola, Sebastián. Mira lo que me ha tocado en una rifá del tren. Agitó el brazo y el niño-mono dio unos saltos increíbles. —Es muy gracioso. Sebastián observó que la Aurora desviaba intencionadamente la conversación. Sin duda juzgaba extemporáneo hablar de ellos tan pronto. Sin decir nada tomó el maletín de su novia y juntos abandonaron la estación. Doña Claudia se apoltronaba en un taxi. —Niña, danos el maletín. Vosotros podéis ir a pie si os apetece. Sixto se reía, con su risa roja y explosiva, desde el interior del automóvil. —Hola, Aurora, pequeña; aún no me has saludado. Por lo visto yo ya no soy nadie para ti. La Aurora le saludó desgana, entregó el maletín a su madre y salió andando, haciendo saltar al monigote, hasta alcanzar a Sebastián. Éste carraspeó: —Dime, ¿qué tal Madrid? Los ojos de Aurora se dilataron de añoranzas por detrás de sus gafas: —Muy animado. Aquello es vivir. Viniendo de allá se da uno cuenta de que esto no es más que un pueblo. Sebastián se sintió culpable de que su ciudad no se hubiera desarrollado más; de que no hubiera en ella más gente, más automóviles, una actividad más febril y mecanizada. —Sí, eso debe de ser verdad; pero esto es más íntimo... Todo tiene sus compensaciones. Aquí cabe vivir hacia adentro y saborear mejor tus sentimientos. Sebastián se notaba forastero. Nunca había pulsado el latido del corazón de Aurora tan distanciado del suyo y, con avispada sutileza, concretó la pueril frontera entre ambos en aquel muñeco saltarín que pendía de un dedo de la Aurora. Él constituía la última realidad de aquel viaje que había cortado bruscamente su cotidiano intercambio de impresiones. Súbitamente pensó en la gran novedad que ocultaba todavía a la Aurora y que estimaba adecuada para resolver definitivamente su distanciamiento: —Voy a darte una buena noticia, ¿sabes? Soy dependiente de los Almacenes Suárez. A Sebastián se le antojó artificial el júbilo de la muchacha. Le parecía que su novia había de hacer de tripas corazón para exteriorizar una especiosa y falsa alegría. Le apretó la mano y le dijo: «¿De veras, Sebastián?», pero recelaba que la Aurora, al comportarse de este modo, suspiraba aún por las grandes avenidas, los espectáculos y el gentío que había dejado atrás. Él no conocía Madrid, pero la imaginaba una de esas ciudades brillantes y peligrosas contra las que se estrellan los espíritus incautos. —Sí, es verdad; tan verdad que ya llevo siete días trabajando en mi nuevo puesto. Reflexionó un momento y su cara se ensombreció: — ¿Sabes? Expulsaron a Hugo. Hasta entonces no advirtió Sebastián lo incompleto de las satisfacciones humanas; la necesidad cruel de arruinar a un prójimo para encumbrar la propia existencia. La alegría de un hombre se cimentaba en el dolor y el aniquilamiento de otro. Su propia colocación dependía de la descolocación de un semejante. — ¿Hugo? ¿Aquel chico moreno de los ojos bonitos? Se dijo Sebastián que bien podían ser bonitos los ojos de Hugo aunque a él no le parecieran así: —Sí, ese mismo. — ¡Pobre muchacho! El tufo de cáscaras de plátano pisoteadas, mezclado con el aroma de otros frutos podridos, les alcanzó al abocar a la Plaza del Mercado: —Ya estamos cerquita de casa. Se había hecho difícil la conversación. Aurora había digerido la grata novedad, tan

celosamente guardada por Sebastián, sin necesidad de masticarla demasiado. Tras unos pasos en silencio, Aurora se desabrochó el abrigo de piel: —También hace bueno aquí. —Sólo desde ayer; los demás días ha hecho mucho frío. Cruzaron la plaza atestada de tenderetes, que a esa hora se levantaban, y de vendedoras de pan blanco, cuyas insistentes ofertas les asaltaron al pasar. Ante el portal de la Aurora se detuvieron y, como ya era costumbre en ellos, Sebastián subió al banzo y ella quedó abajo. Era el único procedimiento hábil para equiparar sus estaturas. La Aurora le miró con insistencia: —Chico, ¡pero si tienes traje nuevo! Sebastián se azoró. También él se había desabrochado disimuladamente el abrigo para que ella reparase en los progresos de su indumentaria. Le separó ella los dos extremos del gabán: —Es muy bonito. Estás muy bien con él, Sebastián; de verdad. Él vio una salida viable para su aturullamiento: —También tú, a lo que parece, has estrenado. Aurora se abrió el abrigo para que Sebastián contemplase el vestido nuevo a su placer. —Es de mucho gusto, Aurora, ¡ya lo creo! Pero ¿sabes que me parece que has engordado en Madrid? Estás más ancha... un poco más voluminosa. Se frunció la frente de Aurora y su expresión se ensombreció: —No digas memeces. Eso es una impertinencia, Sebastián. Eres un grosero. Ven a buscarme a las siete. Y subió los peldaños presurosa, dejando a Sebastián plantado y con ganas de decir: «Pero si no me importa, de veras. Me gustas igual». Pero no se atrevió. La voz de su novia le había sonado con un acento desgarrado y extraño; con un acento que era la primera vez que sorprendía en la boca de la Aurora.

Capítulo Séptimo. El comportamiento absurdo de la Aurora apabulló a Sebastián. La frialdad inicial, unida a su iracunda despedida, le hizo volver a recelar que no era él lo más importante de cuanto ocupaba el corazón de la muchacha; por más que el «doctor cubano» le asegurase su fidelidad «en pensamiento, palabra y obra». Pero, además, por una inexplicable razón, después de volver a verse con la Aurora, advertía que tampoco la muchacha, contra lo que había creído, constituía para él nada fundamental y hasta se le hacían ahora risibles y extravagantes los celos exaltados que le condujeron a correr detrás del «doctor cubano» mendigando unas migajas de tranquilidad interior. Se indignaba consigo mismo y una sordidez retroactiva le llevaba a lamentar el despilfarro —doce pesetas con sesenta y cinco céntimos— realizado para pagar la consulta. Se daba cuenta, de pronto, que no eran celos lo que le impulsó a dar ese estúpido paso, sino su propio egoísmo, el recelo característico del hombre inferior que en todas partes cree entrever una humillación de su amor propio. Sebastián daba vueltas a estos pensamientos mientras se entendía con la muchedumbre de clientes. Plegaba y desplegabá enormes piezas ante los ojos de la clientela, que picaba, vacilaba o rotundamente dejaba de picar. —Puedo enseñarle otra cosa. De eso tenemos un gran surtido. —Cabía en lo posible que fuese la viva realidad de la Aurora, muy inferior a la imagen que conservaba en el recuerdo, lo que vigorizaba su vertiginosa e irreprimible desilusión. Era posible, también, que fuese la interposición del Sixto, su realidad casi olvidada, lo que enfriaba la pasada vehemencia del pobre Sebastián. —Mire, no me gusta. No es precisamente esto lo que busco. Yo quería una muselina blanca, pero un poco más tupida. —Lo siento, señora; de eso no tenemos nada. Tal vez lo recibamos en el próximo envío. ¿Usted qué deseaba, señorita? —De todas formas lo innegable era que la Aurora le había decepcionado. Tal vez no la hubiese amado nunca; tal vez sólo le hubiera empujado a ella su absoluto y frío aislamiento; quizá una fe necia en sus palabras de escepticismo respecto a los hombres y las cosas; tal vez... —Muy bien. Espere, que se lo envuelvo. ¿Deseaba algo más? —No; nada más. Muchas gracias. —Anita, haga el favor de cobrar sesenta y tres setenta y cinco... Gracias, señorita. ¿La atienden a usted, señora? —De otro lado, Aurora había regresado muy especial. Nada concreto cabía decir de ella, de su actitud, ni de sus palabras. Pero algo dejaba traslucir su voz, su mirada, su persona entera, que no agradaba a Sebastián. El nuevo dependiente se movía con agilidad, mientras su cerebro se desbocaba, sin pausa, en una serie inacabable de conjeturas. De cuando en cuando se detenía pensativo en su quehacer hasta que su mirada ausente coincidía sobre las uñas de sus dedos, desarrolladas y casi normales, y esta visión lo incorporaba instantáneamente a la realidad. A intervalos le asaltaba el recuerdo del maniquí abandonado en la trastienda y esta evocación exaltaba su carne. Él movía la cabeza de un lado a otro, pretendiendo liberarla de la acuciante impresión de aquellas curvas turgentes, henchidas de serrín. Mas la imagen, absurdamente provocativa, tornaba a asaltar su mente con turbadora insistencia. La afluencia de personal había decrecido en los últimos minutos y Sebastián frenaba su diligencia para tomar aliento. En la calle era ya de noche y hacía rato que brillaban en el establecimiento las potentes luces que nutría el grupo electrógeno recientemente instalado por don Saturnino. La caja espaciaba sus timbradas, como si acusase la nerviosa carrera de las últimas dos horas. También Anita podía, ahora, levantar tranquila su rubia cabeza y respirar el aire calefactado de los Almacenes con parsimonia y fruición. Los dependientes se miraban entre sí como se miran el tocólogo, el marido y la comadrona después de coronar halagüeñamente un trabajoso parto. Emeterio iba y venía colocando piezas en los estantes por su orden de numeración. Al día siguiente era domingo y el esfuerzo actual apenas si contaba. Mañana dormirían a pierna suelta hasta mediodía y después se encontrarían, adormilados aún y sombríos, en la misa de una de la catedral. Cuando todo aparentaba haber concluido aquella tarde, se abrió la puerta de cristales del establecimiento y entró una

mujer joven, alta y bien formada, acompasada por el uniforme taconeo de sus zapatos contra los baldosines. Sebastián se hallaba de espaldas a la puerta y no se inmuto, pero quedó perplejo al observar el unánime aceleramiento de sus compañeros, como si hubiesen sido estimulados por un mismo espolazo: — ¿Qué tal, señorita Irene? —decía uno de los hermanos deportistas, acercándole una silla. — ¿Cómo le ha ido por aquellas tierras? Sea usted bienvenida. ¡Vaya si la hemos echado a usted de menos! —Don Arturo estrechaba la mano de la visita. Después volvió con disimulo la cabeza y susurró imperativamente a Emeterio—: ¡Corre a avisar a don Saturnino! Los demás dependientes expresaban su júbilo por la visita en análogos términos y todos, al parecer, se regocijaban igualmente de que la joven hubiese regresado ya de «aquellas tierras», donde, por lo oído, había pasado «tres estupendos meses de vacaciones». Sebastián no era curioso en exceso. Sin embargo, el agresivo entusiasmo de sus colegas le impulsó a volver perezosamente sus ojos hacia el lugar donde la mujer charlaba con don Arturo, rodeada por las melifluas sonrisas de toda la dependencia. Sebastián miró un momento con idea de no prolongar demasiado su mirada; pero, apenas vuelta la cabeza, dio un gran salto y giró su cuerpo por completo. La verdad es que la visita justificaba este exaltado celo de Sebastián. Jamás en la vida había contemplado éste una tan soberana belleza concentrada en un simple cuerpo humano. La envolvía una grácil aureola, como si se tratase de algo inasequible. Tenía el pelo muy negro, recogido en dos cocas por detrás de las orejas. Éstas eran pálidas, rematadas por unos lobulillos rosados y carnosos de los que pendían unos pendientes fulgurantes que avivaban su sensualidad. Del óvalo de su cara, apenas sin maquillar, resaltaban sus pupilas verdes, muy vivas, enmarcadas por unas pestañas espesas y oscuras. Su nariz pequeña, un poco respingona, se elevaba sobre unos labios graciosamente curvados que se separaban uno de otro, como con pena, cuando su dueña tenía que hablar o sonreír. En estos casos exhibía dos filas de dientes muy blancos y cuidados. Pero tal vez lo que más llamó la atención de Sebastián fue el cuello torneado, firme y larguísimo de aquella muchacha. Emergía del abrigo de pieles con una rotunda seguridad de sí mismo, con la orgullosa convicción de saberse cimiento y sostén de la cabeza más hermosa de la tierra. Sebastián pensó muy seriamente que de otorgársele la gracia de poder rozar con sus dedos aquella columna mágica y tersa no le sería posible evitar un desmayo. La joven vestía y calzaba con elegancia y naturalidad. Nada resultaba forzado en ella. Podría afirmarse que había nacido envuelta en aquel espléndido abrigo y calzada con aquellos zapatos. Cuando hablaba, todos sus miembros y hasta sus ropas participaban de su actividad; ayudaban a endulzar aquellas frases moduladas y persuasivas que escapaban de su boca fluida, naturalmente... Don Saturnino surgió presuroso de su despacho, seguido muy de cerca por Emeterio, jactándose aún de su embajada. Sonreía el señor Suárez con un caudal de simpatía extraordinario: — ¿Cómo está usted? Ya era hora de que la viésemos por aquí. ¿Y sus papas? Dígame: ¿cómo resultó ese viaje? Espléndido, ¿verdad? «Aquellas tierras» son lo más parecido al paraíso que aún queda en el mundo. Se la ha echado de menos. ¡Vaya que sí! Pero siéntese, siéntese, señorita Irene, por favor. — No, muchas gracias, le aseguro que estoy muy descansada. —Vaya, vaya, vaya. —Don Saturnino se frotaba una mano con otra, con un movimiento iterativo que a Sebastián le parecía grosero e inarmónico. La dependencia se había desparramado al aparecer el jefe. Sólo don Saturnino y Arturo atendían a la visita—. Y qué, mejor tiempo que por aquí, ¿no es así? En esta tierra no salimos de heladas y de nieblas. Por allá supongo que luciría el sol y hasta podrían permitirse el lujo de salir sin abrigos. Es un clima hermoso aquél. Cuando yo estuve en el año treinta y cuatro... Claro que eran otros tiempos, pero el clima no creo que haya cambiado para nada... Todo se lo decía él. A Sebastián le disgustaba que no la dejase despegar los labios. Aquella voz armoniosa, oída por primera vez hacía cinco minutos, le iba siendo necesaria, imprescindible, para conservar la integridad de sus tímpanos. De pronto notó Sebastián que le golpeaban la mandíbula y sus dientes chocaron con rudeza. Advirtió entonces que tenía la boca abierta y se ruborizó al ver reír a su lado a uno de los hermanos rubios: —Buena mujer, ¿eh? Le olió mal a Sebastián esta expresión soez, aplicada a aquella muchacha ingrávida y de una realidad tan delicada y sutil: —Es... hermosísima... sí. —No hay mejor hembra en muchos kilómetros a la redonda, tonto. ¿Tienes ahí la pana rayada verde? Tengo que atender a aquella lechuza. ¡Diablo!, ¿por qué no serán todas las mujeres como ésta? Sebastián no comprendía cómo la presencia de Irene no trasmudaba a sus compañeros; no les elevaba sobre la rutina rastrera y prosaica de todos los días; él consideraba a aquella mujer como muy capaz de dignificar cuanto tocase, más aún, cuanto rozase la onda expansiva de su lozana y contundente armonía. —Ahí la tienes. No pudo evitar el quedar nuevamente prendido en la maravillosa vitalidad de la muchacha. Prejuzga que sería muy difícil y laborioso encontrar algo más bello en el resto de la tierra. Sebastián había visto mujeres hermosas, si se quiere mujeres de una belleza extraordinaria, pero nunca —estaba bien seguro— ninguna como aquélla. Comprobaba que la contemplación de aquella mujer le elevaba, le purificaba, le hacía ver que por encima del barro existe algo que aletea y redime la materia. No era la escultural modelación de aquel barro, con ser mucho, lo que le hacía vibrar con una desacostumbrada emoción; era la luz, el difuso matiz, que lo vivificaba y le imprimía un equilibrio y un ritmo. —

¡¡Vamos, joven!! ¿Me quiere usted despachar de una vez? Fue un brusco descenso a la tierra la destemplada citación de aquella mujeruca arropada en un chal negro, moteado de caspa. Sebastián observó su faz terrosa, la piel duramente fruncida de las mejillas, y se afirmó en su creencia de que el mundo entero no estaba preparado para alojar una beldad como Irene. — ¿Me quiere enseñar los retales de la otra temporada? Me da lo mismo el género y el color. (Se reía Irene, con una rara musicalidad en la contracción de su garganta. Sebastián comprobó que todo acompañaba con dignidad a su porte, sin rebajarlo, antes bien, añadiendo ignotos y sutiles matices que redondeaban su perfección. Sebastián no acertaba a desenvolverse.) — Ha dicho usted retales, ¿verdad? — Sí, sí, retales, por favor; tengo un poco de prisa. (Prisa, prisa... ¿No podía haber un paréntesis en la vida de todos los hombres para recrearse en la suma perfección? Aunque después de todo, ¿qué podía importarle a esta mujer del chal negro y casposo y la cara fruncida la impecable sazón de la otra? Ahora hablaba ella. Don Saturnino, al fin, se había callado, había interrumpido sus preguntas afirmativas. «No tienen el gusto que en la Península, eso por descontado... ¿Tipismo, dice? Tal vez sí. Aunque yo creo que el tipismo de todas partes sólo es ya una atracción para forasteros. Cuando llegan los barcos de la Península...») ¡Oh, Dios, qué afortunada Península! Sebastián imaginaba los rabiosos celos de toda la geografía física. Intuía que los golfos, cabos, cordilleras y todos los istmos del mundo rabiaban de celos ahora al oír que ella decía con aquella cadenciosa entonación Península y nada más que Península.) — ¿A cómo es esto? — Sesenta pesetas ese retal; el amarillo, cincuenta y cuatro. (Irene proseguía: «No se ría usted, don Saturnino. Son los novios los que dan de comer a las islas. Hasta tal punto que si ellos faltasen se paralizaría la vida de una manera casi absoluta»). ¡Oh, las islas! Menos mal que Irene repartía un poco equitativamente entre la geografía el don de pronunciar sus nombres con su voz modulada y graciosa. Eran sus palabras las que usualmente se emplean en el lenguaje corriente, pero en su boca adquirían unas tonalidades especialmente sabrosas y expresivas.) — Póngame éste de cincuenta y cuatro. Después de todo, para lo que lo quiero tanto me da uno como otro. (A Sebastián no le afectaba el uso que la mujeruca del mantón casposo y la cara fruncida pudiera dar a aquel retal amarillo de cincuenta y cuatro pesetas. Realmente, en estos instantes, no le importaba nada, fuera de la actitud, la voz y la sonrisa de Irene, a quien absorbía con sus ojos por encima del hombro de la mujeruca del chal.) — ¡Anita, cobre cincuenta y cuatro pesetas, por favor! ¡Usted siga bien, señora! Desfilaban los últimos clientes. Irene había pedido algo que ahora le mostraba don Arturo en el otro extremo de la tienda. Pareció complacerla enseguida: — Me lo enviarán, ¿verdad? (Otra sonrisa. En verdad, todo se reducía hoy a un ininterrumpido peloteo de sonrisas.) — No faltaba más; dentro de cinco minutos lo tiene usted en su casa. Ella le ofreció su mano: — Adiós, Arturo; hasta otro rato. Ya saben que de nuevo me tienen aquí. Usted siga bien, señor Suárez. Adiós a todos. Las flexiones y las sonrisas de la dependencia hicieron pensar a Sebastián que Irene era una reina en el establecimiento. (Y le agradó que así fuera por su hermosura deslumbrante y expansiva, por la calidad de relevante excepción que la encumbraba sobre las demás de su sexo.) Taconeó Irene brevemente al cruzar la tienda. Al discurrir frente a Sebastián dirigió los ojos verdes hacia él un poco sorprendidos. Sebastián se sintió poseído de un extraño hormigueo que se tradujo, segundos después, en una emoción inquieta. Finalmente, Irene traspuso el umbral y salió a la calle. Sebastián la vio aún franquear el fragmento de acera que ocupaban las vitrinas y se dio cuenta de que todos los jóvenes que iniciaban a aquella hora su paseo vespertino volvían la cara insistentemente y se daban codazos admirativos al cruzarse con ella. La respetuosa admiración de la dependencia se relajó en cuanto Irene abandonó el local. El fervor de los hombres se tornó entonces en un procaz apetito, alentado por una exacerbada animalidad. Expresaba cada cual sus deseos con una desgarrada y deprimente crudeza. Sebastián se confesó su error de haber pensado anteriormente que la belleza de Irene bastaba para elevar y dignificar la carne. Le sorprendieron, más que nada, las expresiones instintivas de los dos hermanos rubios y, por vez primera, comprobó que ambos eran susceptibles de poner acaloramiento y pasión en un tema diferente del fútbol. Por asociación de ideas advirtió que Irene ocasionaba en los temperamentos de sus compañeros los mismos apasionados furores que en él despertaba el recuerdo del polvoriento maniquí de serrín. Por su parte, el conocimiento de aquella mujer había significado para Sebastián algo importante en su vida, algo cuya huella constataba él, profunda y distinta, perfectamente diferenciada, allá abajo, en lo más hondo de su espíritu. En principio no discernía claramente el significado de esta huella. Aquilataba su existencia, su indeleble impacto, pero se veía imposibilitado de calcular sus efectos y medir sus resultados en el porvenir de su vida. Por de pronto le inundaba un enardecimiento casi místico; le apabullaba, aplanándole, la gigantesca idea de la perfección. Al salir aquella tarde de los Almacenes procuró coincidir con Manolo. A la larga iba convenciéndose de que era éste la única persona para quien su antiestética estructura no constituía un motivo de regocijo y de burla. Manolo era serio, honrado y un amigo verdadero. Su faz consumida, en la que detonaban sus ojos saltones atravesados de venitas sanguinolentas, daba idea de lo dura que era para él la lucha por la existencia. No obstante, era un hombre equilibrado. No descorazonaba de salir con bien — él, su mujer y su prole numerosa — del atolladero de la vida.

Cuando le interrogó por lo que significaba Irene para el establecimiento, no se sorprendió al oírle decir que aquella joven equivalía, ni más ni menos, a la prosperidad de los Almacenes. Sin duda, era la mujer más hermosa y elegante de la ciudad, además de pertenecer a una familia distinguida y adinerada. Ella imponía la moda, los gustos y las aficiones en la pequeña ciudad. Gastaba un dineral en vestirse y adornar su casa. Tras ella invadían el establecimiento verdaderas turbas de jovencitas que copiaban sus indumentarias con la especiosa esperanza de lograr, al arrojarse en aquellos trapos, el prodigio de trasmutarse en hermosas y atractivas Irenes. Era, simplemente, lo de siempre; el instinto gregario, el afán de superación, de equipararse a la mujer más arrogante y sugestiva de la agregación, olvidando que la gracia es un don innato que no se adquiere, artificialmente, con nada. Éste era, en pocas palabras, el hilo que unía a Irene con los Almacenes, el secreto que explicaba su delirante acogida en el establecimiento. Sebastián, en su exaltación, no podía hablar de otra cosa. Absorbía materialmente las palabras de Manolo. Le agradaba tener por fondo de la conversación la grácil y cimbreante silueta de Irene, su rotunda y plástica proporcionalidad. Ahora le interrogaba por su ausencia, por el equivalente geográfico de «aquellas tierras». ¡Ah, claro! Había estado en Mallorca. Tenía, por lo visto, familia allí. Naturalmente, no había desperdiciado la ocasión y había pasado en las islas cerca de tres meses. A Sebastián le pareció bien aquel devaneo. Las mujeres como Irene debían dedicarse a recorrer el mundo o a convertirse en piezas de museo. Eran arte y el arte debe doblegarse a la educación del rebaño, de la colectividad. A Irene no le estaba permitido encerrarse en un núcleo más o menos populoso; se debía a la exhibición, al entusiasmo y al aplauso de las multitudes. Al dejar a Manolo en el cruce de dos calles, Sebastián se dio cuenta de que aún permanecía en la tierra, agarrado con su podredumbre al asfalto de la vieja ciudad castellana. Su exaltación le había conducido a lejanos parajes de ensueño, parajes que se adecuaban con la soberana belleza de Irene, con el tono cantarín y sugerente de su hermosa voz. Ahora la ciudad se le hacía vieja, turbia y desapaciblemente sucia; desabrida en su rutina gris, en su monotonía de piedras amontonadas con un diverso y a veces opuesto sentido arquitectónico. La escasa luz la hacía todavía más lánguida y decadente. Las calles equivalían a tiras de asfalto, ribeteadas por casas desiguales, amorfas, vagamente lóbregas y huidizas. Las conversaciones de los transeúntes eran huecas y vulgares, como las casas y las calles; con un ritmo roto, desafinado, de música maltratada. En las esquinas algunas viejas vendían castañas asadas, encerradas en una casetucha de maderas grises, con reminiscencias de ataúdes. Despachaban diez, quince, veinte de castañas y se quedaban tan contentas con la calderilla amontonada en un cestito de mimbre, análogo al que empleaban para despachar sus frutos calientes. Sebastián sentía su cabeza poseída de difusas e imprecisas sensaciones. Era Irene quien motorizaba su cerebro aquella noche; su intachable equilibrio quien impregnaba, por contraste, a la ciudad, de un vaho de desagradables imperfecciones. Avanzó despacioso y cansino hasta la Plaza del Mercado. El fétido hedor vespertino se hacía irresistible allí, después de un día de sol más bien caldeado. La franqueó y entró en su barrio, invadido de una postradora sensación. Tras unos pasos inseguros, titubeantes, oyó la voz de la Aurora a su lado: — ¡Podías venir con más calma! ¿Es que no sabes qué hora es? Llevo esperándote en el portal más de un cuarto de hora. Y ya sabes que si hay algo que deteste en el mundo es esperar y esperar como una idiota más de cinco minutos seguidos. Sebastián no tenía vigor bastante para contestar; pensó, además, que no valía la pena hacerlo; que le era completamente indiferente lo que la Aurora creyese. Le raspó su sensibilidad la agria reprimenda y le pareció bufo, repugnantemente risible, que aquella mujer, miope, grosera y culibaja, tuviese la osadía de escarnecerle en plena calle a él, a él, que acababa de entrever la perfección y la armonía, que había convivido con ella durante un breve lapso de tiempo, cobijados bajo un mismo haz de luz. Se sentía impermeable a cualquier denuesto, enervado por una extraña atonía. No tenía deseos de andar, ni de moverse, ni de compañía. Le hubiera agradado perderse en sus lucubraciones, fantasear, desgajado absolutamente de su triste existencia. Aurora paseaba a su lado como una extraña. Sebastián celebraba su enojo, ya que así no se veía forzado a hablar, a rebuscar frases tontas y absurdas, constreñido por la precisión de decir algo. Así era más grato caminar; cada uno en su mundo. Súbitamente había apreciado que aquellos amores suyos con la Aurora eran extravagantes y atrocemente ridículos. Ridículo él, en su detestable conformación; ridícula ella en sí misma, en sus pretensiones, en sus desvergonzadas aventuras, en su prurito de recoger velas ahora y enmendar definitivamente sus malos pasos. E inefablemente ridícula y grotesca la pareja, la confluencia de ella y él en su común aspiración, burda, ramplona y carnal, de formar un día un solo cuerpo. A cada paso crecía su vergüenza y su estupor. Ahondaba Sebastián en su risible corporeidad y se enfurecía contra ella, contra sí mismo, contra la torpeza de su padre, pequeño y deforme como él, empeñado en depositar su nefasta semilla en el interior de una mujer zafia, primitiva e ineducada. A veces Sebastián movía la cabeza rápidamente de un lado a otro, tratando de librarla de aquellas ideas peligrosas, sutilmente envenenadas. Mas las ideas retornaban, mostrando su perfil más sangriento y doloroso, y Sebastián, involuntariamente, las rumiaba una y otra vez, y una y otra vez las rechazaba y volvían a asaltarle. Paseaban ahora frente al paredón de ladrillos rojos que resguardaba el

colegio de monjas; es decir, por el lugar que instintivamente habían elegido, otras tardes, como refugio ideal de su amor. La Aurora iba mitigando su mal humor y pronto dirigió la palabra a Sebastián. Éste le contestó mecánicamente, sin saber a punto fijo qué le decía. Sin embargo, el hielo se había roto y pronto entablaron un diálogo normal. Se dispararon un tanto las imágenes torturadoras del cerebro de Sebastián; se aventó su pesadilla y no quedó más que la idea fija, risible y vergonzante de aquel amor —el suyo y el de Aurora—, que era como el esfuerzo titánico de dos despojos humanos pugnando por arrancar de la vida unas briznas de placer. La Aurora se humilló de repente: —Perdóname, Sebastián. Sí, ya sé que he estado un poco dura contigo, pero ya sabes que me molesta esperar. No puedo soportarlo. Impónme cualquier penitencia menos ésa. Ya me hago cargo de que habrás tenido que hacer en la tienda, pero al verte venir con esa cachaza no me pude contener, y... Significaba esta declaración de parte de la Aurora un hecho insólito y excepcional. Mientras se disculpaba había tomado entre las suyas la chata mano de Sebastián y la acariciaba una y otra vez con ánimo de imprimir mayor fuerza y convicción a sus palabras. Para Sebastián fue muy doloroso apreciar que aquellas caricias cálidas y reiteradas no tenían ya siquiera fuerza para mover su carne, quedaban por debajo de la potencia sensual del maniquí insensible y mudo de la trastienda de los Almacenes. —Bah, es una bobada. No te disculpes por eso, Aurora. Comprendo que es muy molesto esperar. Yo también lo he hecho muchas veces; pero para una chica es distinto, ya lo sé... Inesperadamente Aurora se detuvo en el portón trasero del colegio. La escasa luz que llegaba del farol de la esquina se esfumaba en el hueco de la puerta. La Aurora se introdujo en el oscuro rincón y arrastró tras de ella a Sebastián. Él se encontraba sublimado por el presentimiento de Irene, anulado en su rastrera carnalidad. No hubo de esforzarse para aplacarla: —No, Aurora, no; debemos dominarnos. Esto no está bien que lo hagamos antes de casarnos. Esto es una porquería. Aurora cedió. No parecía contrariada ni humillada, si es caso poseída de un nervioso desasosiego, como cuando nos invade la sospecha de haber dado al buzón una carta sin franquear. Los cercó una pausa espesa, plagada de remordimientos reprimidos. Finalmente la Aurora habló: —Quizá tengas razón; soy una tonta y una impaciente. Pero es que nuestras cosas van demasiado despacio, Sebastián. —Se ordenaba el cabello y se sujetaba las gafas, que en el forcejeo habían estado a pique de caer—. Debemos arreglarlo todo cuanto antes. Sí, ¿por qué no? Mañana quiero que vengas a casa. Merendaremos juntos y te presentaré a toda mi familia. Esperaba la respuesta de él con una ansiedad tan notoria, que Sebastián no pudo eludirla. —Sí, claro; tienes razón. Recorriendo las mismas calles cada día no adelantamos nada. Se le veía desinflado de entusiasmos, acatando la sugerencia de Aurora como la orden de un superior. Mas ella no reparaba en su depresión. —Entonces mañana te esperamos en casa. No te dé apuro, pues ya conoces a casi toda la familia. Además, no lo pasaremos mal, ya lo has de ver. Habían reanudado los paseos a lo largo de la roja tapia del colegio. Sebastián se veía arrastrado por un vendaval interno en el que se combinaban sensaciones diversas y encontradas. Presentía que acababa de dar un nuevo paso, un paso que le aproximaba a una meta peligrosa, pero prefería no pensar en ello, prefería dejar que las cosas navegasen un poco merced a sus propios impulsos. Recorrieron el rojo paredón una, dos, mil veces; ida y vuelta, vuelta e ida, en un pendular sin fin ni objeto. La noche, la ciudad, la Aurora, eran distintas. Nada coincidía con el clima reposado, sólidamente apuntalado de tardes, paseos y entrevistas anteriores. No obstante, el cerebro de Sebastián iba serenándose, entreviendo la razón por la que las cosas cambiaban de matices con esta facilidad sorprendente. Cerca de las nueve tomaron el camino de su barrio. Próximos ya, los arrolló un torrente humano que salía del cine comentando a gritos la película. Aurora y Sebastián bracearon contra corriente. A él le invadió la sensación de que se ahogaba, de que la multitud le apretujaba las costillas oprimiéndole el corazón. Luego se percató de que la gente no estaba tan aglomerada como para asfixiarle y constató que su sensación provenía directamente de su particular estado de alma. Y una vez más hubo de deplorar Sebastián tener una sensibilidad tan desarrollada que le permitía ahondar de esta manera en su propia y despreciable podredumbre. Capítulo Octavo. Los domingos eran días de especial animación en el barrio de Sebastián. Es verdad que rara vez faltaban la algazara y el bullicio, pero los domingos esta animación adquiría unas características peculiares y hasta la atmósfera delataba la festividad con un denso olor, desde la mañana a la noche, a humo de puros baratos y ropa recién planchada. Raro era el ciudadano que acudía a oír misa fuera de la parroquia. Las misas se sucedían, en ésta, de hora en hora y, desde las siete, las naves frías de la iglesia románica veíanse atestadas de fieles. La hora de cumplir con Dios iba en razón inversa de la edad; eran las viejas las que acudían a las primeras misas de la mañana, y los jóvenes, hombres y mujeres, los que parecían citarse en la explanada de delante del templo diez minutos antes de las doce, hora en que se celebraba la última misa. Los jóvenes fumaban ante la puerta aguardando el Evangelio, mientras las chicas entraban precipitadamente en la iglesia poniéndose las mantillas y dejando ver por el abrigo, intencionadamente entreabierto, sus trajes domingueros de tonos audaces y chillones. También los mozalbetes reservaban para estos días lo mejor y más selecto de sus roperos, y sus camisas blancas, azules o a grandes cuadros les oprimían la nuez, ceñidas por unas corbatas detonantes y de bien centrados nudos. Terminada la misa, se reunían

en corros delante de la iglesia y mientras los mozos acosaban a las chicas con requiebros de todos los tonos y gustos, ellas, halagadas, daban gritos de ofendido pudor, se desplazaban de grupo en grupo en alocadas carreritas o respondían con una dulce sonrisa y una pudorosa y lánguida caída de ojos como aconsejaban su vanidad satisfecha y su estudiada táctica del coqueteo. Luego paseaban por la estrecha calle, los novios y los que aspiraban a serlo, grandes grupos de chicas y chicos hablando de noviazgos, de películas y de fútbol. La cola del cine se retorció bulliciosa y abigarrada en contraposición a las casi siempre negras y sombrías de los huevos de ración y de la carne. Nadie se acordaba del lunes, y si, como excepción, se proyectaban las imaginaciones hacia el futuro, era para pensar y decidir un plan para el domingo siguiente o para la próxima festividad. Si la mañana estaba templada, mucho más en los días en que el sol invernal se arremansaba en la angosta calle, los paseos se prolongaban hasta las dos y el barrio entero hervía produciendo un excitante y juvenil rumor. Las vecinas más viejas y las amas de casa, a quienes la cocina sujetaba en sus hogares, comadreaban de balcón a balcón, se citaban para la tarde o comunicaban la última novedad sobre el enfermo de gripe postrado en cama en la adyacente alcoba. Ninguna boca permanecía inactiva en la jornada mañanera de los domingos. Era como si la vitalidad avasalladora del barrio rompiera sus diques de contención, periódicamente, una vez por semana. Hacia las dos, la calle iba quedando desierta. Sólo la confitería seguía vomitando gente durante un cuarto de hora todavía, gente que parecía hipnotizada con su paquete de pasteles en la mano pendiente de una cuerdecita de franjas azules con otra blanca en el medio. Cerca de las tres volvía a iniciarse el rumor; paulatinamente, como una ola que va engrosando para terminar en fragoroso estallido. El olor a cigarro barato se introducía por todos los rincones y sobre el barrio pesaba como una fina neblina gris. Comenzaba, entonces, la actividad de las tabernas —siete abrían sus puertas a lo largo de la calle—. Eran tugurios modestos la mayor parte de ellas, y allí, entre gritos y palabrotas, en un ambiente caldeado más por la temperatura humana que por la energía de cualquier comestible, ante unos vasos de grueso cristal rebosantes de malta con leche caliente, los hombres se jugaban sus ahorros al tute, a la garrafina o a las carreras. El juego en cuestión no significaba nada fundamental; lo fundamental consistía en sentir el escalofrío del riesgo y doblar o perder en unos minutos un puñado de pesetas ganadas con el sudor de ocho o diez horas de trabajo. En otras mesas se hablaba de fútbol. El fútbol iba imponiéndose, a raíz de la guerra, como el supremo espectáculo de masas. De vez en cuando, algún taurófilo, de antigua generación, se lanzaba por los fueros de su fiesta favorita, pero no tardaba en caer estrepitosamente derrotado por un grupo de inquisidores de la nueva religión del deporte. Éstos no transigían; creían entender que los toros se fueron con Joselito y la era del fútbol asomaba incontenible y pujante, constituyendo un empeño vano tratar de resistir su implacable influjo. Alguno, más osado que sus compañeros de «filia», aseguraba que mientras los toros no desapareciesen sin dejar rastro, con toda su cohorte de flamenquismo, pintoresquismo y folklore andaluz, en España no podrían fabricarse automóviles. A esto saltaba el padre de una criatura prodigio que obtuvo una mención en el último concurso de «Arte hacia la Fama», o de «Fiesta en el Aire», que no había en el mundo arte más puro y fascinante que dos mujeres bailando con garbo unas sevillanas, o un gachó, con voz bien timbrada, arrancándose por bulerías. La semilla de la discordia estaba sobre la mesa; el calor de los comentarios en torno no tardaría en hacerla germinar. La discusión subía de tono y no era imposible que el intolerante defensor del fútbol saliese de allí con una pata rota y sin poder acudir en un mes a su espectáculo favorito, o el embrión de artista que caminaba hacia la fama con paso decidido, hubiese de perder, maltrecho en la cama de un hospital, un tiempo inestimable para conquistar la meta de sus largas aspiraciones. En uno u otro sentido, la sangre del barrio bullía excitante e inquieta en la jornada dominguera. A fin de cuentas, el partidario de las sevillanas y las bulerías partía hacia el fútbol con su grupo de amigos tan pronto sonaban las tres y media y el fanático inquisidor de la «torería» marchaba sin escrúpulo a la novillada en las soleadas tardes de primavera, sin importarle mucho, después de todo, si en España podían fabricarse automóviles o no. Ni si en realidad eran los toros los culpables de este retraso nacional. Mientras los hombres se hallaban en el fútbol, en el barrio imperaban, efímeramente, las mujeres, que aprovechaban este paréntesis de absoluto matriarcado en injuriar a sus maridos, insultar a las vecinas o, las más jóvenes y de lengua menos acerba y desarrollada, en hablar de los trajes que se confeccionarían para la próxima primavera y de sus esperanzas y devaneos amorosos. Pero en el fondo de todas estas conversaciones femeninas latía un difuso temor de que el equipo representativo de la ciudad pudiese salir del encuentro de aquella tarde con dos puntos negativos. La que más y la que menos entendía este léxico para darse cuenta de que aquellos puntos negativos podrían significar una cena borrascosa y, si se terciaba, una inmotivada y extemporánea paliza. Los hombres eran —en opinión de las mujeres del barrio— unos animales primarios y feroces que actuaban siempre —injusta e irracionalmente, por supuesto— en virtud de una concatenación de causas sólo comprensibles para las inteligencias más sutiles y despiertas. Acudían al fútbol para desahogarse de la opresión y los malos ratos de la oficina o el taller; más tarde, en el hogar, se liberaban de las contrariedades del fútbol insultando y golpeando a sus mujeres sin causa justificada, y, los lunes, pagaban en la oficina o el taller, con su ceño

adusto y su escasa laboriosidad, los malos ratos domésticos. Era un círculo vicioso que iba contra su propia consideración de seres racionales y contra sus propios intereses. Pero la vida era así, y a nadie se le hubiera ocurrido privarse del fútbol como medida lógica frente a todas sus contrariedades, por el mismo motivo que a nadie se le ocurriría dejar de comer para cesar de sufrir. De todos modos, los domingos del barrio concluían en el cine, en el baile o en la taberna, con el morro fruncido o las sonrisas distendidas; lo que no era evitable, en ninguno de los casos, eran aquellas canciones cascadas y aguardentosas de los borrachos que herían sin contemplaciones el silencio nocturno hasta altas horas de la madrugada. Sebastián, como casi todos los humanos que se sujetan a un horario de trabajo, disfrutaba más los sábados que los domingos. Esto, a fin de cuentas, es tan admisible como que la ilusión y la esperanza sean más bellas y estimables que la misma realidad. Se levantaba tarde, y entre arreglarse, desayunar, leer el periódico, que le subía la Orenca con la ración de pan, y oír la misa de doce en el barrio, se le escapaba la mañana casi sin sentirla. Se presentaba, después, la tarde y entonces el descanso de Sebastián se trasmutaba en un desleído y monótono aburrimiento. Badulaqueaba por la casa sin objetivo definido, cuidándose de no levantar ruido para no herir los nervios de Aurelia, que dormía la siesta en la habitación contigua, y, casi siempre, concluía sentándose a la mesa con la Orenca a disputar una partida de parchís. La Orenca arriesgaba en el juego una peseta —su asignación semanal íntegra— y el azar de perderla o de doblarla la mantenía expectante y entretenida durante tres cuartos de hora. A Sebastián, la posibilidad de victoria apenas le hacía mella, y el juego, mejor que para distraerle, servía para encauzar y dar sentido a su insoportable aburrimiento. No obstante, aquel domingo encerraba una significación especial para Sebastián. Los acontecimientos de la tarde última le desvelaron durante gran parte de la noche, y, ahora, nada más terminar de comer, su cabeza pesada y dolorida seguía dando vueltas y vueltas a la cuestión que le atosigaba. La repentina claridad con que se le representase el día antes su desamor hacia la Aurora continuaba inmutable y firme en su cerebro. Se daba perfecta cuenta de que no amaba a la muchacha, de que, en realidad, no la había amado nunca. Fue, primero, la compasión hacia ella; el cabo cordial que la Aurora le arrojó para que se aferrase a él y se salvara de su irreductible aislamiento, después, lo que le constriñó a aceptarla con entusiasmo y como posible y definitiva compañera de su vida. Luego, con el trato, comprendió que la Aurora y él eran dos esferas, dos mundos diametralmente opuestos; que nunca, por buena voluntad que se pudiese en ello, podrían llegar a fundirse y borrar sus correspondientes fronteras. El viaje a Madrid y, sobre todo, el borrascoso regreso, habían terminado por perfilar estas sensaciones que tenuemente se abocetaban ya de semanas atrás. Durante este período fue la Aurora para él el futuro remedio de su sensualidad; es decir —ahora se percataba de ello—, lo que fuera Aurelia para su pobre padre, el pedicuro Ferrón, veinticinco años antes. Tampoco se le ocultaba a Sebastián la parte inconscientemente tomada por Irene en esta autorrevelación de sus propios sentimientos. La vista de aquella mujer le hizo comprender la torpeza y cortedad espiritual de sus amores con la Aurora. Era necio ocultarse a sí mismo las cosas y Sebastián reconoció, con un débil sonrojo, que se había enamorado de Irene con todo el vigor de su pequeño cuerpo. Advertía que este flechazo constituiría para el mundo, si llegara a conocerlo, un inusitado motivo de hilaridad, pero él no tenía culpa de que sus fibras interiores se conmovieran a la vista de lo bello y de lo puro, ni de ser un finolis, como su madre le decía a menudo con sobrada razón. Esto era verdad. Si sentir una repulsa instintiva hacia las frases e indumentas, a cual más sucia, de Aurelia y asquearse de los apetitos groseramente manifestados de sus convecinos, o de las artimañas mercantiles del señor Sixto, o de las bravatas y audacias orales de su hijo significaba ser un finolis, él, a no dudar, lo era, aunque bien pudiera ser, como pensaba Sebastián, que se tratase simplemente de una sensibilidad descentrada como, a buen seguro, habría muchas en el mundo. Él estaba habituado a ver que los hombres apuestos o inteligentes se casaban con las muchachas más agraciadas y distinguidas en todas las esferas sociales y que los imperfectos o incompletos matrimoniaban con las mujeres incompletas o imperfectas. Esto debería ser así desde que el mundo fue mundo y respondía a un elemental principio de lógica social. Pero — ¡qué demonio! — el corazón no podía controlarse y él no tuvo en la mano evitar que el suyo vibrase con una agitación especial al contemplar a Irene por primera vez. Sí, se había enamorado de ella, no sólo la había admirado, y seguramente por no atreverse a reconocerlo a tiempo había pasado una noche infernal, inquieta, agujereada de oscuras e inarticuladas pesadillas. Ahora, con los codos apoyados en la mesa y la frente recostada en los dedos entrelazados, se encontraba mejor ante este inaudito y descarnado reconocimiento de su verdad interior. Claro, se decía, que amar a Irene en secreto no constituye un delito. Muchos hombres han amado así, sin expresar en la vida su loco anhelo, vueltos a toda esperanza, sufriendo en la soledad las amargas e inútiles contracciones de su ambicioso corazón. Sebastián se incorporó frotándose los párpados. Estaba solo. Aurelia se había echado a dormir la siesta y Orenca fregaba en la cocina los cacharros de la comida. Se aproximó al balcón y apoyó la frente sobre la fría superficie del cristal. Así se encontraba aún mejor, como si el fresco contacto fuese bastante para apaciguar su cerebro excitado y febril. Nutridos grupos de gente desfilaban ante sus ojos hacia el campo de fútbol. Sebastián

hubiera deseado sentir aquello —aquel juego que enardecía multitudes— en la sangre, como aquellos hombres que antes del encuentro discutían ya acaloradamente sobre sus posibles incidencias y resultados, y como los dos hermanos rubios de los Almacenes, a quienes no les importaba arriesgar media soldada, y aun perderla, si ello les suponía disfrutar por unos días de la ilusión de una presunta victoria de su equipo favorito. De la puerta de enfrente vio salir al Sixto con un gran habano entre los dientes, incensando con su aroma las calles del barrio. Esta visión le hizo volver a la idea de la Aurora y a su pasada pesadumbre. La Aurora le esperaba en su casa aquella tarde, y ello suponía anudar con mayor solidez sus ligaduras. Esta idea le desazonó. A medida que se sentía más cordialmente libre, aumentaba su impulso compasivo por la Aurora. Ella lo amaba. De esto no podía dudar, como no se le ocurría dudar de ninguna de las verdades evidentes. A su manera, con sus altibajos y sus reacciones insólitas, Aurora lo quería. Pudo ser el rebote de un desengaño o de muchos desengaños consecutivos, pero la Aurora acudió a él, a su insignificante persona, anhelando hallar la paz, el cariño reposado e incommovible que no había encontrado en otros huertos donde anteriormente fuese a picotear. Este pensamiento le hizo palidecer de un íntimo y nunca degustado orgullo, e, instintivamente, se apretó y se centró el nudo de la corbata. Mas, sin querer, se encontró pensando con la mayor naturalidad en el joven del terno marrón y la bufanda amarilla que mordisqueaba un mondadientes. La rememoración de su figura cosquilleando los sobacos de la Aurora con la punta del palillo sólo le hizo, ahora, sonreír con frialdad. «Tal vez sea lo mejor dejar que las cosas vengan a moverme y no intentar yo mover a las cosas», se dijo, con su característica desconfianza en las propias fuerzas. —Ya he terminado, Sebastián; cuando quieras jugamos. La voz de la Orenca le hizo volverse. La niña estaba ante él, desgalichada y torpe, con el cuadrado multicolor del parchís pendiente de una de las manos. —Hoy no voy a jugar; no tengo ganas. Me duele un poco la cabeza. —Así te distraerás. —Te he dicho que no tengo ganas. Se notó irritable y resentido, seco. —¿Y piensas estarte así toda la tarde, mirando la calle sin más ni más? —No lo sé; no he pensado aún lo que voy a hacer toda la tarde. ¿Por qué te importa tanto? —A mí no me importa nada; me da lo mismo tumbarme en la cama y ponerme a dormir, te lo puedo asegurar. Sebastián no contestó. Se pasó la mano por los párpados doloridos y luego recostó de nuevo la frente sobre la superficie del cristal. Adivinaba a Orenca con los ojos posados en su espalda, y esta sensación le irritaba. Soportó un rato la conciencia de aquella mirada, mas, al cabo, se volvió hacia su hermana: —¿Quieres dejarme, Orenca? —He pensado que voy a quedarme al brasero. No me voy a acostar, si no te importa. Sebastián hizo un esfuerzo. —Está bien; haz lo que quieras. Yo me marcho, entonces. —¿Adónde vas a ir? —A dar una vuelta. ¿Por qué? —Por nada. —Entonces, hasta luego. Salió a la calle y, al sentir sobre sí la caricia fría de la brisa, se alegró de haber salido. Anduvo un rato sin reparar en la dirección de sus pasos, y no tardó en advertir que la corriente lo arrastraba hacia el campo de fútbol. Atravesó la Plaza del Mercado y antes de llegar a la Plaza de Toros se desvió a la izquierda, salvó un paso a nivel y abocó al campo. Algunas fábricas en construcción se levantaban allí, a la izquierda de la carretera, y en su abandono dominical semejaban edificios ruinosos, olvidados por el hombre. Por delante no divisaba más que un carromato lejano, cargado de leña, y un grupo bullicioso de soldados que avanzaban hacia la ciudad desde el cuartel próximo. Constató en sus células un confortable sentimiento de libertad e infló los pulmones, sintiendo que su ruín y breve cuerpo se tonificaba. Más allá, dobló a la derecha y se perdió en el campo pardo, sin límites, de su meseta. El cielo estaba gris, profundamente oscuro y amenazador. Debajo se difundían los tonos sepia de la tierra, agrietada y vasta. Algunos árboles diseminados en la perspectiva exhibían su rígido agarrotamiento invernal, encogidos sobre sí mismos, retorcidos por la savia helada. Semejaban esqueletos de animales extraños, sostenidos, incomprensiblemente, en la tierra sobre un somero pedestal. De trecho en trecho, tropezaba Sebastián con alguna casa molinera, cercada de espinos, tras los cuales picoteaban, insensibles al frío, las gallinas supervivientes de la peste aviar. Un poco a la derecha, surcaba la tierra una acequia de caudal rumoroso que chapaleaba contra los dos tabiques laterales, cortados verticalmente. Algunos grajos, en las alturas, graznaban su negra presencia y, de vez en vez, descendían aleteando blandamente sobre las tierras en barbecho y picoteaban ávidamente. Al fondo, cerrando la visibilidad, se elevaban algunos cerros y tesos pelados y grises, como avergonzándose de su relevancia en aquella llanura interminable. Sebastián no se detuvo. Caminaba, mientras la Naturaleza agarrotada, yerta, le entraba por los ojos, apaciguándole. Le agradaba que el soplo del viento, cargado de savias distintas y mezcladas, le refrescase el rostro enfebrecido. En realidad, no sabía hacia dónde marchaba, ni intentaba tampoco explicárselo. Iba, simplemente, y en su brusca huida se hallaba la razón y el objetivo de su marcha. Le recreaba estar allí, sobre la apacibilidad no truncada de la Naturaleza, donde, de cuando en cuando, el relincho lejano de una yegua o el graznido oscuro de un grajo le deparaban conciencia de su situación. La tierra temblaba toda bajo las desgastadas suelas de los zapatos de Sebastián, recorrida por sus jugos vitales. La aparente hosquedad de la tierra no trascendía; su meseta era así y Sebastián acostumbraba a no juzgar la hosquedad como un defecto ni en los hombres ni en las cosas. La hosquedad presuponía sinceridad, y él amaba esta virtud por encima de todo lo existente.

El viento era muy frío y se filtraba por las aberturas de su viejo abrigo, hiriéndole la piel. Mas Sebastián no daba importancia a estas incomodidades triviales. De pronto, una ráfaga de aire le trajo un aullido prolongado, estentóreo, que gravitó un momento sobre él y luego se perdió, diluido, en el espacio. Semejaba ser la tierra toda que se conmovía allá a su derecha, debajo de aquel teso pelado y oscuro, difuminado en la perspectiva. No obstante, Sebastián comprendió que aquel clamor significaba que los futbolistas de su ciudad habían hecho un gol, y se preguntó en qué otro lugar del globo existiría una fuerza semejante, capaz de aunar en un segundo el aullido de diez mil gargantas. En su fuero interno agradeció a la Providencia el que los hombres hubiesen inventado el balón redondo para desfogarse. De otro modo, ¿qué hubiera sido de él y de los seres como él? Porque los hombres precisaban de un algo concreto para soltar sus instintos de fieras, para desalojar de sus almas ese absurdo y rojo rencor, provisionalmente represado por la fuerza de una autoridad. Allí podían liberarse, pateando un balón hasta reventarlo o bramando por los fueros de su equipo favorito. No habían transcurrido dos minutos cuando el clamor se repitió más pronunciado y fragoroso que antes. La cosa marchaba bien, al parecer, y, de seguir así, las mujeres de su barrio podrían cenar y dormir tranquilas aquella noche y, a la mañana siguiente, no iba a haber quien soportase a los dos hermanos rubios de los Almacenes. Aquellos alaridos deprimieron todavía más el ánimo de Sebastián. La alegría ajena, desbordada y clamorosa, le entristecía. Y no porque guardase hacia la humanidad un espíritu de revancha, sino porque creía que aquellas manifestaciones tumultuosamente vitales equivalían a una cortina de humo para ocultarse su condición efímera y finita: la temporalidad, rigurosamente tasada, de la colectiva existencia. A la vuelta de unos años el estadio seguiría rugiendo como hoy, pero nadie, ni protagonistas ni espectadores, serían los mismos; gota a gota, aquel gigantesco charco humano se habría ido mudando sin que nadie lo advirtiese. Sí, una vida era bien poco y había que velar la macabra previsión de su desenlace. Poco más allá, Sebastián divisó un rebaño de ovejas, pegadas unas a otras como un montón de croquetas sin freír. A la izquierda, entre unos juncos, retozaban un recluta y una criada, y al verle a él, el recluta se apresuró a soltar el talle de la muchacha. Sebastián pensó que de aquella manera se hacían las madres prematuras y de estos lugares salían los bautizos y las bodas simultáneos. Aquellas entrevistas en la soledad invernal de los campos no solían terminar de otra manera. Aunque tampoco era improbable que el soldado, un día, rompiera a volar y la muchacha vociferaría entonces que había sido miserablemente engañada. No quiso estorbar y dio la vuelta. Apenas se volvió, el recluta tornó a aferrar el talle femenino con acrecentada vehemencia. Sebastián, aunque hundido en su depresión, se sentía más tranquilo, casi capaz de ordenar su revuelto mundo interior. Evocó el momento doloroso —hacía sólo unos meses— en que él fue también llamado a filas. Imaginaba que con sólo verle sería descartado del servicio militar. Pero existían algunos sargentos encumbrados para quienes la inutilidad en la milicia sólo se decretaba después de un minucioso y concienzudo examen. (Al parecer, no resultaba imposible que Sebastián Ferrón ocultase, intencionadamente, parte de su humanidad en los bolsillos del gabán para no alcanzar la talla.) Fue desnudado a la vista de todo el mundo y así quedó al descubierto aquella faja de franela que él ocultaba como una vergüenza y que desde niño comprimía su vientre lacio y voluminoso. Recordaba Sebastián las carcajadas de los quintos que presenciaron la escena y el comentario de un barbarote de pueblo que le seguía en la fila, al ver su íntima y secreta prenda: — ¡Arrea, si va enfajao como un niño! Todos rompieron a reír hasta saltárseles las lágrimas, y él, desairado y corrido, abandonó la sala sujetándose los pantalones y con el vientre pasmado. Movié la cabeza de un lado a otro y apretó el paso hacia la ciudad que ya divisaba en la lejanía. No quería rememorar hechos dolorosos, felizmente pasados ya. Tampoco el presente le ofrecía unas perspectivas lisonjeras, y era necio volver la vista atrás habiendo tantos dolores actuales gravitando sobre él. La proximidad de su visita a casa de Aurora le encogía algo por dentro, le violentaba. No sólo por suponer un nudo más en sus relaciones afectivas con la muchacha, sino por la anunciada presencia del señor Sixto y su hijo en la reunión. Cruzó frente a las fábricas en construcción, salvó el paso a nivel y entró en la ciudad ya medio anochecido, en el momento en que comenzaba a lloviznar. (Apreció, entonces, que el paseo le había aliviado, que su cerebro, a pesar del aparente revoltijo de pensamientos y sensaciones dispares que lo animaba, obedecía ahora a una sencilla y relativa organización.) El cielo estaba negro, totalmente encapotado e inmóvil. Sus pasos resonaban con fuerza sobre el pavimento y las calles se veían poco concurridas. Andaba deprisa hacia la Plaza del Mercado. Próximo a ella, tropezó con un grupo de mozalbetes de su barrio, tiesos y orgullosos en sus ternos nuevos. Al cruzarse con él, uno del grupo le señaló y susurró algo a sus compañeros. Sebastián apretó el paso, pero aún pudo oír, perfectamente diferenciado, el nombre de la Aurora. El grupo comenzó a reír con carcajadas contenidas y uno de ellos, más audaz, mugió como un buey encelado, repetidamente, e hizo como que embestía a sus compañeros. Daban las horas en el reloj de la catedral y Sebastián contó mentalmente las campanadas. Eran las seis. Aún faltaba una hora para acudir a casa del señor Sixto, y le disgustaba volver a enfrentarse con la Orenca y responder a sus nerviosas interrogantes. Se detuvo en medio de la plaza y, como advirtiese que una vendedora de pan blanco se dirigía hacia él, aturdido e inconsciente, cruzó la calle, empujó el

portón claveteado del convento de los capuchinos y entró en él. Era la primera vez que Sebastián Ferrón cruzaba aquellos recios muros, y al verse arrojado en el ambiente solemne y espectral del templo sintió una rara impresión de frío. Sebastián no frecuentaba la iglesia. Se conformaba con asistir a la de su barrio los domingos a las doce, y aquella misa, animada y bulliciosa, apenas le aportaba la idea de la divinidad. Pero aquí todo era distinto. Sebastián se sintió trasladado a un mundo lejano, desplazado a muchos miles de kilómetros de su barrio. El ruido externo no trascendía y era el templo como un remanso, como una gran y celestial pausa preservada por el ancho muro. Se arrodilló maquinalmente en un banco y, transcurrido un rato, se sentó. La iglesia estaba casi en tinieblas. Sólo una candelita, frente al sagrario, arrancaba del trabajado retablo intensos brillos de oro. A la izquierda se levantaba un pulpito elemental y Sebastián notó un estremecimiento al ver emerger de su barandilla a un hombre embutido en una túnica basta y oscura y con el rostro enmarcado con una barba espesa e imponente. (Más que verle a él, veía su silueta proyectada por la luz de la palmatoria sobre el frío y húmedo muro. Se recortaba allí la sombra fantasmal de aquel hombre barbudo e impresionante, con las manos levantadas sobre la cabeza y asomando por unas bocamangas enormemente anchas y desgarradas.) Un corto auditorio de mujeres elevaba los ojos hacia él, que hablaba en tono menor, aunque con un extraordinario poder de persuasión. Sebastián apenas le oía, agobiado por una impresión borrosa de irrealidad, pero acusaba los impactos de su voz retumbante, que subía enroscándose hasta la cúpula, para descender, después, sobre sus hombros como una lluvia mansa y amortiguada. De súbito se sintió penetrado por las frases del capuchino, calado por el sentido y la fuerza de sus palabras. —Respetad esos cuerpos en cuanto son templos vivos del Espíritu Santo —decía—; pero cultivad vuestra alma, luchad por perfeccionarla; no olvidéis un instante que es ella la que redime al cuerpo y que está por encima de él. Un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano. Sebastián notó una violenta rebelión interior y estuvo a punto de gritar: “ ¡Mentira; no le hagáis caso! Ese hombre de las barbas miente». Pero se contuvo en último extremo. Creía que el cura se había dirigido a él al hablar y tomó sus últimas palabras como un desafío personal. Le vio santiguarse, descender del pulpito y desaparecer por una puertecilla, a la derecha del altar. Le dieron ganas de correr tras él y explicarle lo que había fuera de aquellos impenetrables muros. Aclararle que el alma era un trasto absurdo en aquellos tiempos y que a nadie le importaba un rábano su blancura. Sin duda todo esto lo ignoraba aquel hombre de las barbas, y por eso decía aquellas cosas. Sebastián le hubiese abierto los ojos si le hubiera dado tiempo. Le podría hablar del señor Sixto, de sus especulaciones ilícitas; de la sensualidad desbordada de sus amigos de los Almacenes; de la sádica ironía de los quintos de su reemplazo; de los mozalbetes que ponían letreros audaces y dibujos pornográficos en su portal requiriendo de carne a Pepita, la vecina del segundo; de los maridos que pegaban hasta cansarse a sus mujeres porque el equipo representativo de la ciudad había salido del estadio con dos puntos negativos; del recluta que abrazaba entre los juncos a una opulenta marmota; de sus propios y ruines devaneos con el maniquí de los Almacenes; de la lengua lancinante de Emeterio; de... ¡Oh!, tantas cosas le diría él al cura de las barbas, que lamentó se hubiese escabullido con aquella celeridad pasmosa. «El alma, el alma...», pensaba Sebastián. En los pocos años en que de niño asistiera a un colegio de religiosos, les predicaban sobre el alma y sus cosas, los jueves y los domingos. Él siempre había imaginado el alma con una consistencia algodonosa que se empañaba con polvo de carbón al caer el hombre en el pecado. Otras veces, ante la imposibilidad natural de figurarse aquel pedazo de algodón volando por los aires, configuraba el alma como un jirón, con forma humana, de niebla blanquecina. Aquellas dos imágenes se adaptaban perfectamente a su ingenua mentalidad de entonces. Luego, con los años, llegó al olvido de aquellas verdades eternas, y el despotismo de la vida y de los hombres le enfriaron sus primitivas creencias. No era un escéptico porque nunca, transcurridos los primeros años, se detuvo a pensar en la vida de ultratumba ni en los postulados de Cristo, ni siquiera en su doctrina. Era uno más del rebaño, sin fe ni incredulidad; un ser anfibio que acudía a misa los domingos y rezaba de año en año por su padre empujado más por el flujo vital del barrio y por la fortaleza del hábito que por la necesidad de acatar un imperativo divino. De súbito, las palabras de aquel cura de las barbas removieron su empantanada fe. En la turbiedad cenagosa de su espíritu brotó un movimiento de insurrección. Aquel hombre no entendía de las cosas del mundo, aislado como estaba en aquel frío caserón, sin contacto alguno con el exterior. Por eso osaba afirmar que «un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano». El señor Sixto y su hijo eran cristianos; cristianos eran Emeterio y los mozalbetes que escribían letreros procaces en su portal; cristianos los quintos de su reemplazo y, seguramente, el recluta que sobaba aquella tarde a la marmota y la marmota misma que se dejaba sobar. Al mundo, el alma le importaba un comino. Todos los hombres se bautizaban, pero eso se hacía sin contar para nada con su voluntad. Cuando eran capaces de pensar y discernir, todos, sin excepción, mancillaban su nombre de cristianos. Sebastián podía demostrar que no era el alma lo primero, al menos en este siglo. A él jamás le preguntaron si su alma era contrahecha como su cuerpo para burlarse de él. Le denostaban, le zaherían, sin preocuparse de si su alma brillaba como un faro en las tinieblas. Bastaba su cuerpecillo grotesco y ruin para

apartarle de la colectividad o para divertir a la colectividad. Jamás, jamás en su vida, ni aun cuando se educaba en un colegio de religiosos, oyó a nadie interceder, interponiendo su alma blanca y pura como descargo de su materia defectuosa. ¡Ah! Muchas cosas podría decir él a aquel cura de las barbas. Tal vez al mirarle lo presintió y por eso se escurrió presuroso por la puertecilla del altar, medroso de no haber sabido qué contestar a los argumentos contundentes de Sebastián. Recordó la cita de la Aurora y se puso de pie. Sólo quedaba ante él una viejecilla enlutada que rezaba como si tirase al aire rosarios intermitentes de besitos. Era un besuqueo en tono menor, aquél, que se adecuaba perfectamente con el ambiente. Sebastián se santiguó y avanzó hacia la salida. En ese instante entró una mujer joven que se adelantó decidida hacia el altar de San Bruno. Se detuvo Sebastián y la observó intrigado. La joven se arrodilló frente al santo y puso los brazos en cruz. Algo movía y activaba el corazón de Sebastián. La joven, sin importarle la presencia de nadie, comenzó en voz alta su absurda oración: —Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel... Te ruego, San Bruno, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos... También, San Bruno, por mis tíos y por el novio de Estefanía... Haz, santo bendito, que ninguno se muera nunca... Pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes?... Que todos nos conservemos siempre en la Tierra para alabarte y bendecirte... Pero siempre, siempre, siempre y todos, todos, todos, ¿oyes?... Te pido, San Bruno... «Una loca, es una loca», se dijo Sebastián. E intuyó que era bien triste que sólo los seres irracionales se diesen cuenta de su condición efímera y la llorasen. Al agarrar el tirador de la puerta reparó, nuevamente, en la candelilla azulada que lucía ante el sagrario. Y una impresión más fuerte que él mismo le penetró desde fuera, anunciándole que el alma era así, como aquella llamita tenue y oscilante, azul, que iluminaba el sencillo refugio de Dios. Salió. Era ya de noche y continuaba lloviznando. El mundo externo le causó una impresión desagradable. Había poca gente en la plaza, pero le molestó que se entendiesen a gritos, como si todos fuesen sordas bestias. Tornó a ocupar su mente la idea de la lamparita azul y la desechó: “ ¡Bah! El alma es blanca; ese cura de las barbas lo ha dicho así. Un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano. El alma blanca... el alma...». — ¡Hay pan blanco, joven! ¿Quiere pan blanco? ¡Eso! ¡Eso era! ¡El pan blanco! ¿Es que no lo oía el cura de las barbas lo mismo que lo estaba oyendo él? Por eso luchaban los hombres y por eso se mataban y hacían guerras horribles y se exterminaban. Por eso: por el pan blanco, por las comodidades, por el dinero... A los hombres, a la humanidad, el alma blanca les importaba un ardite. A las siete en punto llamaba Sebastián en casa del señor Sixto. Sentía un hormigueo interior que avivaba su innata suspicacia. Al oír pasos del otro lado de la puerta se centró cuidadosamente la corbata y lamentó no haberse retrasado cinco minutos y haberlos aprovechado para afeitarse aquel bigote lacio y débil que le caía sobre el labio superior. Le abrió la puerta la Aurora: —Hola, Sebastián; llegas muy puntual. Papá y Sixto no han regresado aún del fútbol, pero creo que hemos ganado por cinco a cero. Pasa. («Hemos ganado.») A Sebastián le hacía gracia esta frecuente manía de pluralizar el resultado, atribuyendo a la ciudad entera unos goles que habían hecho once muchachos, que vivían mimados y envidiados entre ellos, pero que no eran de la ciudad. En realidad, ni el señor Sixto ni su hijo ganaban nada. Si es caso, perdían su elevada cuota de socios. Los que ganaban —y no sólo goles— eran aquellos once muchachos que componían el equipo representativo de la ciudad, pero que no eran de la ciudad.) Pasó y se quitó el abrigo, que la Aurora colocó, procurando que no se viesen los remiendos, en un perchero de barras doradas, relucientes, que brindaba la pulcritud de sus lunas a dos metros de la puerta. La casa del señor Sixto le llamó la atención por su limpieza lamida y su elegancia, sin discernir que la rimbombancia ostentosa de ciertos muebles y detalles denunciaba a gritos la condición de nuevos ricos de los dueños. A la Aurora le faltaba esta tarde naturalidad, y la evidencia de ello aumentó su apocamiento. —Mira este arcón qué bonito nos ha quedado. Era muy antiguo y feo, pero le hemos puesto herrajes nuevos y ha resultado precioso, ¿no te parece? (A Sebastián le pareció que sí, que había quedado bonito, pero que no eran aquéllos momentos para mostrar a sus tristes ojos un arcón, aunque fuese con herrajes nuevos.) Atravesaron un largo y reluciente pasillo y, al final, la Aurora le abrió una puerta de cristales esmerilados a través de los cuales se veía luz en el interior. Entró y, al advertir los focos de seis ojos convergiendo en su esmirriada figura, le vinieron ganas de dar media vuelta y echarse a correr. —Pasa, pasa —le dijo la Aurora con una violenta sonrisa—. A mamá ya la conoces. Este señor es el tío Cleto, hermano de papá, y esta ancianita es la mamá de papá. Éste —no dijo «señor», ni «joven», ni nada que se le pareciese, y esta falta de especificación humilló a Sebastián— es mi novio. Se saludaron, y a Sebastián le chocó la manera de comportarse de la ancianita, sentada en una mecedora y con una sonrisita estúpida bailando en su boca deshuesada. — ¡Oh, joven, yo ya no estoy para nada! —le dijo a modo de saludo cariñoso. Le hicieron sentarse, y, para romper el embarazoso silencio que pesaba sobre ellos, el tío Cleto anunció con voz opaca: —Dicen que está llegando una ola de frío. —Ya ha llegado, hijo. ¿Te parece poco? En León están a doce grados bajo cero. Ayer dio la mínima —confirmó doña Claudia. Sebastián observaba la habitación, tratando de imponerse a su azoramiento. Estaba muy limpia y ordenada, como el resto de la casa que había visto. En el centro había una camilla alrededor de la cual se sentaban y, encima de doña Claudia —apoltronada en un sofá forrado de

sarga azul y con los brazos, semicirculares, de madera—, había un bonito cuadro de un anacoreta con una cruz en una mano y una especie de bollo suizo, con jamón dentro, en la otra. Doña Claudia reparó en su curiosidad: —Según Sixto, es un Aticiano. Yo, en verdad, de estas cosas entiendo muy poco. Pero es bonito, ¿verdad? Y se reía para quitar fuerza a su ignorancia. Sebastián asintió. Al fin, venciendo su timidez, se dirigió a la anciana, que se mecía con una insistencia infantil: —Tenía ganas de conocerla. Aurora me ha hablado mucho de usted. —Oh, joven, yo ya no estoy para nada. Aurora, que se mantenía de pie detrás de él, agarrando el respaldo de su silla, le auxilió: —Está muy viejecita la pobre. Apenas se entera de lo que le dices. La vieja se sonrió mostrando, sin vergüenza, sus encías limpias, y eructó fuerte, sin dejar de sonreír. Doña Claudia se azoró y el señor Cleto pareció no reparar en ello. Sebastián notó que todo su cuerpo, especialmente la cara, le ardía. —¡Pobre! Estuvo a punto de añadir: «¿Y es que es tonta?», pero se contuvo. —Pues ahora estoy casi parado con estas dichas restricciones. Debería nevar de firme para ver si se llenan esos pantanos de una vez. El tío Cleto, mientras hablaba, se sacudía el pelo con ambas manos, y una lluvia finísima de caspa caía sobre la falda de la camilla, intencionadamente extendida sobre sus piernas. (Sin duda, así se hacía la ilusión de que nevaba.) —¿Qué negocios tiene usted? —Cola; una fábrica de cola, obtenida de huesos de animales. Está del otro lado del puente, ¿sabe usted? Según se sale del puente a mano derecha, en la misma calle Curtidores. Continuaba golpeándose la cabeza y la caspa acumulada blanqueaba ya sobre la cubierta verde oscuro. No le miraba al hablar, porque tenía la cabeza inclinada sobre la camilla. Entre pregunta y pregunta, la abuela eructaba y mostraba las encías limpias, sonriendo. Un postizo blanco que llevaba la vieja en la cabeza se había ladeado y descubría una primorosa calva rosada en el lugar en que los niños de pecho tienen la fontanela. —Ya me gustaría verla —dijo Sebastián para distraer la atención de un extraño ruido intestinal que había brotado del bulto oscuro de la abuela. —Pues cuando usted quiera. —Lo malo es que yo salgo a la una de los Almacenes, y a mí me agrada verla en pleno funcionamiento. El tío Cleto orilló mentalmente todas las dificultades; luego dijo: —Nada; cuando usted vaya la ponemos en marcha. ¡No faltaba más! —¿Y los obreros? No estarán a esa hora... —No le preocupe: soy yo solo. Yo solo la manejo —respondió, sonriendo satisfecho—. Bueno, y un chiquito de doce años que me acarrea los huesos. Y va muy bien, ¡eh! Pero que muy bien. Se preguntó Sebastián qué fábrica sería aquella, tan rudimentaria o tan moderna, que bastaba un solo hombre para hacerla producir. —Perdonen, voy a mirar el té. Salió doña Claudia, y en ese momento llamaron a la puerta. —Ésos son papá y Sixto. Abandonó Aurora su compañía y se la oyó taconear por el pasillo. —Diga usted —el señor Cleto había levantado al fin la cabeza y se dirigía a él en un tono confidencial—, ¿sabe usted lo de la chica? El cerebro de Sebastián no estaba para interpretar ambigüedades. —¿Qué chica? El tío miraba con recelo a la abuela, que de nuevo produjo un desagradable ruido de tripas revueltas. —¿Está enferma? —interrogó instintivamente Sebastián, señalando a la vieja con el dedo y olvidando los aspavientos confidenciales del señor Cleto. —No; que es vieja ya. Pero, escuche, le pregunto que si sabe usted lo de la Aurora. Se oyeron voces roncadas y joviales por el pasillo, y la conciencia de la proximidad de Sixto atarantó a Sebastián y redujo al silencio y a la reanudación de sus nevadas artificiales al señor Cleto. Entraron Sixto padre y Sixto hijo. —Un resultado redondo, ¿eh? —afirmó éste. Sebastián pensó que si lo diría por el cero del equipo contrincante. —Hola, chico. El señor Sixto no podía considerarle de otro modo que como el chaval que repartía los racionamientos. Se acomodaron en sus correspondientes butacones mientras Sebastián continuaba erguido y tenso en su silla. —Hola, abuela. —Oh, Sixtín, yo ya no estoy para nada. Un nuevo y prolongado ruido de tripas, como un gemido humano, brotó de las entrañas de la viejecita. —Voy a poner la radio. Radio Madrid dará los resultados dentro de un rato. Desde luego, si el Salamanca ha perdido podemos considerarnos del otro lado. Sixto hijo accionó en los botones de una radiogramola situada junto al sofá. Encima se erigía un presuntuoso florero atiborrado de rosas de trapo. Sonó la música, y como si sus cadencias fuesen un estímulo para las aficiones deportivas del Sixto, éste se encerró en una discusión con su padre sobre las posibilidades de su equipo, haciendo cábalas en torno a los partidos que restaban por jugar. (Luego no saldría nada como ellos habían previsto, pero el pago al contado de sus cuotas de socio les daba derecho a conjeturar y a emitir todo género de opiniones.) Al cabo de unos minutos, el señor Sixto se volvió hacia su hermano: —¿Has oído algo de esas investigaciones de fortunas surgidas después de la guerra? —No sé nada; no estoy enterado de nada. —Sería jugar poco limpio. Las guerras siempre han servido para que unos cuantos mueran y otros tantos vivan mejor que vivían antes. Es una bonita compensación y me parecería absurdo que ahora se pusiesen a investigar las nuevas fortunas como si fuese un fenómeno excepcional. Decididamente, a Franco no le gustamos los ricos. Sebastián miraba a uno y a otro alternativamente. Recordaba los gramos que el señor Sixto restaba en cada ración y sus procedimientos de especulación con los artículos que escaseaban. Y pensó que ni a Franco ni a él le gustaban los ricos de esa ralea. Sixto hijo tarareaba, siguiendo el compás de la brillante radiogramola, «La bombonera» de La blanca doble. El vientre de la anciana gemía frecuentemente, pero ahora sus gemidos, entre las canciones de la radio y las voces cada

vez más excitadas del señor Sixto, pasaban casi inadvertidos. —Ya está aquí la merienda. Sixtito, hijo, ¿quieres quitar esos trastos de encima de la mesa? Doña Claudia traía el té en una preciosa cafetera de porcelana. En una fuente grande y en la misma bandeja, portaba un montón de churros y cohombros. — ¡Aurora, trae las medias noches! —Y como Sebastián la mirara, doña Claudia estalló en una risa estúpida y forzada y, señalando el breve refrigerio del anacoreta del cuadro, añadió: — ¡Son como ésa! Sebastián agradecía la poca importancia que hasta el momento se había dado a su persona. De vez en cuando temblaba imaginando que la conversación pudiera centrarse sobre él, y entonces no habría medio hábil de ocultar aquellos pelos lacios y débiles que sombreaban su bigote y que le cosquilleaban desde hacía un rato debajo de la nariz. —Además, ¡qué demonio!, las desgracias ajenas no sólo van a servir para hacernos llorar. Yo creo que estas guerras sirven para poner a flote muchos talentos que antes andaban a pique de naufragar. El señor Sixto, para rematar su inhumana intervención, devoró un cohombro de dos bocados. Todos aproximaron sus asientos a la camilla y se dispusieron a engullir la succulenta merienda. —Ya sé que otros tenderos no valen lo que yo valgo. ¿Tengo yo la culpa de que no sean comerciantes? No señor. Si otros no saben hacer dinero, que se mueran. Te aseguro que Sixto Fernández no ha de mover un solo dedo para evitarlo. Tomó una medianoche y la engulló, masticándola con formidable ferocidad. Doña Claudia se sentaba frente a Sebastián, y éste pensó que todos los barnices y artificios del mundo no bastarían para eclipsar la procedencia rústica de aquella mujer. La abuela comía con una celeridad pasmosa, y Sebastián imaginó que debía de tener buche como las aves, ya que resultaba inconcebible que una boca desdentada pudiera triturar los alimentos con aquella premura. De repente, Sebastián no pudo evitar la inminencia de un estornudo que, tras cuatro leves cabezadas con la nariz encogida y la boca abierta, estalló horrisono. — ¡Atchíss! — ¡Jesús! Todos se volvieron hacia él. A Sebastián se le antojó que todo estaba perdido. —Te has resfriado, hijo. —Un poco, sí, tal vez un poco. Una hebra de jamón le colgaba inoportuna por la barbilla cuando la reunión íntegra pendía de sus palabras y movimientos. — ¡Atchíss! El colgajo de jamón salió despedido al segundo estornudo y fue a aterrizar sobre la mano ahorizada del señor Sixto. Sebastián se arreboló. — ¡Jesús! El señor Sixto forcejeaba por librarse con disimulo de aquel filamento de carne que dibujaba sobre su mano una graciosa interrogación. Un gato de buena casta vino a liberarlo de su violencia. —Miauu. En su azoramiento, Sebastián confundió su maullido con uno de los reiterados ruidos intestinales de la abuela y se removió inquieto sobre la silla. —Oh, Tití, bonito, ven con mamá. El gato saltó ágilmente sobre el regazo de doña Claudia. Aurora miraba en torno, humillada y confusa. El señor Sixto cogió el filamento de jamón con dos dedos, escrupulosamente, y lo depositó en el plato junto a su taza de té. Sebastián lanzó la mano hacia la mesa y sus dedos cogieron una nuez como podían haber agarrado un florero. No tenía apetito. Comía simplemente para que no le atosigasen con sus reiterados ofrecimientos. Tomó el cascanueces y apretó, pero inopinadamente los músculos de su mano se relajaron y cedió en su esfuerzo. Le parecía que la nuez, vista de proa, era igual que la cabecita de un gorrión que abría el pico cada vez que él apretaba, intentando comoverle. La cabeza se le iba a Sebastián. Volvió a mirar la nuez. Su similitud con la cabeza de un pájaro era ahora tal que Sebastián casi veía las plumas y distinguía los ojitos redondos y penetrantes pidiendo clemencia. «Oh, no tengo valor —se dijo—. ¿Me estaré volviendo loco?» Sin embargo, ocho ojos pendientes de los movimientos de sus manos le forzaron a oprimir, y la nuez al cascarsse produjo un ruido seco de cráneo quebrantado. Sebastián casi no se atrevía a contemplar su obra destructora. Al fin miró, y la carne de la nuez se le ofreció igual que un minúsculo cerebro humano, con sus prominencias y sus circunvoluciones. Sintió unas náuseas atroces y apartó en su plato la carne de la nuez tapándola con las cáscaras. — ¿Está mala? — ¡Callad! El Sixto amplificó la voz de la radio, que se oyó en medio de un silencio sepulcral: —Continuamos nuestro programa radiando «Las encajeras», otro fragmento de La blanca doble. — ¡Bah! Se reanudó la merienda con redoblada ferocidad. —Y bien —dijo, intempestivamente, el señor Sixto—. Vosotros pensáis casaros, ¿no es así? El sonrojo de la Aurora aumentó el suyo propio. Sebastián entendió que el tío Cleto le hacía señas con una mano junto a la oreja. Pero el Sixto, frente a él, debió de sorprenderle, y entonces el señor Cleto comenzó a sacudirse el pelo ocultándose tras una fina lluvia de caspa. La anciana eructó fuerte y, por su cara contraída y de disgusto, Sebastián coligió que le mortificaba la acidez de estómago. Cantó la radio: «Para hacer el encaje de bolillos...». El Sixto seguía el compás, sin cesar de mirar fijamente a Sebastián. —Sí, papá; claro que pensamos casarnos. Cuanto antes lo hagamos mucho mejor —farfulló la Aurora. (Sebastián intuyó que asistía a la representación de una comedia cien veces ensayada anteriormente.) —Pues por nosotros... —inició tímidamente doña Claudia. —Tú cállate —conminó el señor Sixto. De nuevo se le hizo a Sebastián que el tío Cleto deseaba transmitirle un urgente mensaje, pero sus muecas degeneraron otra vez en un apremiante cepillado de su cuero cabelludo. El Sixto amortiguó la voz de la radio y se volvió interesado a Sebastián. Su actitud paralizó al resto de la reunión: —Pero vamos a ver, Sebastián. Por curiosidad. ¿Tú no nos estás tomando el pelo a todos? — ¡Calla, bruto! — ¿Por qué me voy a callar si puede saberse? Esta buena pieza no es tan tonto como parece. ¿Tú quieres a la Aurora de verdad o...? (Sebastián imaginó

que aquella pregunta debería cerrarse así: «O quieres más al dinero de su padre», y se sintió ofendido.) —Claro que quiero a la Aurora. Doña Claudia, con las manos temblorosas, se levantó y salió de la habitación. Se cruzaron las miradas de Sixto padre y Sixto hijo, y éste, después de leve resistencia, se decidió a abandonar el campo. Giró un botón de la radio y los acordes de La blanca doble inundaron de nuevo la estancia. (Sebastián se preguntaba qué es lo que acababa de ocurrir allí; qué se le estaba velando con malévolos intenciones.) Entró doña Claudia con una botella de anís y los ojos enrojecidos, como si en el intervalo de su salida y su entrada hubiese derramado unas lagrimitas. Repartió unos pequeños vasos azules entre los hombres. —Anda, Sebastián, echa un trago. Sebastián obedeció y hubiese hecho lo mismo si doña Claudia, en vez de eso, le hubiese ordenado: «Anda, Sebastián, córtate la cabeza». El tío Cleto se hurgaba ahora con la uña de su dedo corazón en los intersticios de sus dientes. De cuando en cuando, algo extraía de ellos que saboreaba con fruición. Cuando terminó con los restos de la comida atacó denodadamente el sarro que se acumulaba detrás de sus dientes de abajo. Aurora cortó con sutil disculpa la violencia de la escena: —¿Por qué no nos vamos al cine todos juntos? Echan La mujer de las dos caras, aquí abajo. —Es ya tarde y no habrá localidades. —Pues vámonos a un palco a ver a la Lola Flores. Aquello hizo saltar a todos de sus asientos. (Sebastián reflexionaba en lo que sería de su generación el día que le faltase el fútbol y el folklore andaluz.) —¿Tú no vienes, Sixto? —Yo tengo que hacer, pequeña. La abuela se había dormido en la mecedora sin interrumpir su beatífica y deshuesada sonrisa. De vez en vez, sus tripas se contraían ocasionando una especie de aullido, lejano y lastimero. Capítulo Noveno. Con lluvia o con sol, en invierno y en verano, la ciudad no desertaba nunca de su paseo por la calle Principal, y allí, de una a dos, se encontraban, sin citarse, la gente joven, los estudiantes y los oficinistas, los aprendices y las modistillas, y por la tarde, a eso de las seis, los soldados y las criadas de servicio. En estos paseos cotidianos la ciudad estiraba las piernas y recreaba el espíritu. Dando una vuelta por la calle Principal, a las horas de paseo, se enteraba uno de más noticias sensacionales que leyendo los periódicos; noticias veraces y rumores infundados, noticias de paz y noticias de guerra, noticias que circulaban de oído en oído y noticias que se transmitían a voz en grito. Todo cabía allí y todo se admitía, porque en esos momentos la ciudad era como una gran familia sin rencillas ni pliegues ocultos; una entidad firme, sólidamente avenida. Sebastián veía a través de las vitrinas el deambular de la gente joven. La aglomeración del público en la calle Principal era un indicio, aún más minucioso y fiel que el reloj, de que se aproximaba la hora del cierre. Al salir, Sebastián atravesaba la calzada cabizbajo, procurando no llamar la atención. Aquella calle irregular, ribeteada por edificios antiguos y desiguales, siempre tan concurrida, le producía un indefinible respeto. Fuera de la tarde aciaga de su borrachera, Sebastián no recordaba haberla recorrido de punta a cabo y deseaba no verse forzado a hacerlo nunca. No obstante, parece como que todas las cosas que nos imbuyen un supersticioso y oscuro terror acaben por atraernos en virtud de un inexplicable e irreprimible vértigo. Y si Sebastián no tuvo necesidad de recorrer jamás aquella calle, su nueva condición de dependiente le deparó un quehacer que, para su espíritu pusilánime y apocado, resultaba aún más aterrador y bochornoso que el temido paseo. Dos semanas después de ascender a dependiente, don Saturnino le comisionó para correr las cortinas de los escaparates al mediodía. Era una situación vergonzante y ridícula la que creaba aquel deber, ya que Sebastián había de exhibirse en la vitrina como un monigote durante unos eternos minutos. (Hiciera sol o no, la obligación persistía, ya que cabía en lo posible que en las dos horas de asueto, entre la mañana y la tarde, el sol rasgase la coraza de nubes que lo mantuviera eclipsado hasta entonces y decolorase con sus insistentes lengüetazos los géneros expuestos a la curiosidad del público, generalmente los más estimados.) Al cumplir este menester, Sebastián soportaba chufas del peor gusto. Nunca faltaban tres o cuatro mozalbetes estacionados ante los escaparates y la presencia de Sebastián era acogida con ruidosa fruición y una acongojante profusión de muecas alusivas a su hilarante físico. (Sebastián, con muy fino instinto, detestaba más que ninguna la cuchufleta del hombre acompañado de mujeres. En estos casos el varón se consideraba obligado a hacer gala de su ingenio ante el otro sexo, sin reparar en la inclemencia de la vejación. Los hombres con hombres eran crueles, bárbaros casi, pero con una crueldad más espontánea y desprovista de maldad que la de los hombres acompañados de mujeres. Éstos eran especialmente mortificantes; incisivos, con una sutileza que sólo puede darla la vanidad del sexo ante la admiración incondicional del sexo opuesto.) Algunas muchachas y muchachos se detenían al verle accionar en la vitrina. Algunos se ponían en cucullas y daban manotazos al aire imitando groseramente su desmañada actitud. A veces le recibían con palmas de tango como si la calle fuese un patio de butacas y la vitrina el escenario correspondiente y acusasen impaciencia ante su demora en salir a escena. Frecuentemente la cortina se engarabataba en virtud de esa enojosa ley que permite que se nos rompan los cordones de los zapatos en el momento en que más prisa tenemos. (El vértigo de Sebastián por acabar pronto espoleaba estas y otras muchas contrariedades.) Entonces se veía forzado a echar mano de la escalera para auxiliarse en su cometido. Aquella mañana de lunes —al día siguiente de merendar en casa del señor Sixto— Sebastián luchaba en vano, encaramado en lo más alto de la escalera y con la vara del metro en la mano, con una

cortina insufriblemente indómita. El frío era intenso en la calle; el cielo estaba entoldado y, sin embargo, no faltaba la media docena de mirones de rigor que reían a cada intento fallido de Sebastián. Dos estudiantes le hacían muecas y luego se oprimían el vientre con las manos para que no les lastimase la fuerza de su hilaridad. Las jovencitas que les acompañaban se regocijaban de la cómica situación de Sebastián, y una de ellas, más osada, pegó su naricilla encarnada por el frío a la luna del escaparate y movió los labios como para decirle algo o darle un buen consejo. En tanto, Sebastián, azorado y nervioso, no acertaba a imprimir al extremo de la vara el movimiento preciso para desenredar las argollas. Cada intentona, creía él, había de ser la definitiva; pero tras accionar torpemente con la vara y coreado por el «aaaaahora» expectante del grupo detenido ante el establecimiento, la vara terminaba por resbalar en la anilla y caer desmayada, venciendo la pobre resistencia de su muñeca. De improviso, detrás del grupo, por una bocacalle afluente de la Principal, apareció la Aurora, corriendo como un conejo perseguido, congestionada y jadeante, con el pelo revuelto y una expresión ansiosa en su blanda mirada. Sin detenerse, atravesó la calle y se abalanzó sobre la entrada de los Almacenes. Hacía unos minutos que habían cerrado y los secos e inútiles golpes del picaporte hicieron sospechar a Sebastián que la Aurora lo buscaba urgentemente a él. Se sentía cada vez más incómodo allá arriba, pero por un instante alentó la ilusión de que la Aurora no le descubriese y se quedó muy quieto, cerrando los ojos, aguardando que la muchacha, al ver fracasadas sus esperanzas, regresase por donde había venido. Mas no sucedió así, ya que la Aurora, al sorprender la puerta cerrada, desposeída de todo respeto humano, comenzó a dar codazos a diestro y siniestro, abriéndose camino hacia la vitrina. Los espectadores, víctimas de los contundentes golpes, la miraban indignados, pero nadie osó oponerse a sus pretensiones. Al fin, sofocada, sudorosa, con las greñas pegadas a la frente, tropezó con la luna del escaparate. Advirtió entonces Sebastián que la Aurora tenía en la cara una expresión muy acusada, aunque indesciftable, ya que lo mismo podía sugerir que estaba locamente contenta como que el dolor le lancinaba el alma sin contemplaciones. Sebastián, sin embargo, se hizo el distraído, pues receló que la Aurora, en su excitación, acabaría llevando hasta el paroxismo la jocundidad alevosa de los espectadores. No obstante, los nerviosos golpes propinados por la muchacha contra el cristal le hicieron volver de su aparente distracción y bajar los ojos hacia ella. (La media docena de espectadores reía a mandíbula batiente viéndole a él saludar por señas a la novia desde lo alto de la escalera y a la novia aporrear la luna, excitada, como queriendo echar abajo aquella transparente frontera que demoraba sádicamente el feliz momento de poderse desmayar en los brazos del amado. Sebastián en aquel instante renegó de la Aurora, la injurió entre dientes y nada le hubiese importado verla morir allí de un modo fulminante e inesperado.) — ¡¡La abuela...!! ¡¡La abuela!! ¿Me estás oyendo, Sebastián? ¡La abuela está muriéndose! Él asentía con la cabeza, pero interiormente se negaba a admitir que aquella viejecita de las encías deshuesadas y el intestino sonoro hubiera cambiado tanto de la noche a la mañana. Sin embargo, a la vista de la afectación de la Aurora, no vaciló y, descendiendo la escalera de dos saltos, se presentó ante don Saturnino, farfulló algo relativo a «una inesperada desgracia de familia» y salió corriendo, poniéndose el abrigo, por la puerta trasera del establecimiento. La Aurora se unió a él, muy compungida, y ambos avanzaron corriendo entre los irónicos codazos y las expresivas sonrisas del grupo juvenil estacionado ante las vitrinas. Unos pasos más allá, Aurora se explicó de forma deshulvanada, incoherente, contradictoria: —Algo inesperado... Si ella estaba muy bien... Bueno, es verdad que siempre padeció del corazón... ¿Para qué vamos a engañarnos? Tenía una deficiencia mitral o algo por el estilo, pero comía muy bien y últimamente sólo le fallaba un poco la cabeza. (Sebastián, mentalmente, confirmó el soberano apetito de la anciana y sus fugas cerebrales.) Ayer la viste: estaba como si nada, tan campante... Ahora me acuerdo, que me diga, se quejó por la mañana del pecho, pero ninguno le hicimos caso... ¡Se quejaba tan a menudo! Cuando volvimos de la Lola Flores cenó con mucho apetito y se fue a la cama como todos los días... Pero esta mañana, al vestirse, le dio un vahído y se cayó de bruces contra la escupidera... ¡Fíjate qué horror! Se puso asquerosa... La metimos en la cama y llamamos al médico... —Le brillaban los ojos a la Aurora al llegar a este punto. Sebastián se confesó con horror que no deploraba lo más mínimo la desgracia de la abuela. Su fría relación actual con la Aurora, unido a los descarados ruidos ventrales de la vieja, le impedían el sentimiento directo y el indirecto—. El médico casi no le encontraba el pulso... Le metió una inyección horrible y dijo que la cosa estaba muy mal. Así hemos pasado dos horas, hasta que hace un rato se puso un poco peor y papá me ha mandado a buscar penicilina... Iban casi corriendo y la gente con que se cruzaban se volvía para mirarlos. Sin duda, la ansiedad que se dibujaba en el rostro de la Aurora no pasaba inadvertida para nadie. — ¿Penicilina para el corazón? —inquirió, escéptico, Sebastián. —Por lo visto es una medicina ésa que lo cura todo. Ya ves, el niño de la Rufina se salvó con eso, después de tomarle medidas para la caja y todo. El médico había dicho que sólo un milagro podría salvarlo ya... Las piernecitas de Sebastián casi no podían igualar el ritmo apresurado de la muchacha. Recorrieron dos calles y entraron en una farmacia. —Penicilina, por favor —dijo, nerviosa, Aurora. El mancebo puso cara de sorpresa: —De eso, nada; pregunten ustedes en las boticas de guardia. Una de las farmacias

de guardia se encontraba muy próxima. Entraron. El boticario era hombre locuaz: —Eso se acaba tan pronto como nos lo dan. Anda muy escaso y para eso muchos, en cuanto tienen un granito, se atizan doscientas mil unidades y asunto arreglado. Luego, lo que pasa, viene un caso de urgencia y no hay penicilina. Salieron. Aurora se había demudado. — ¿Tú crees que no nos ha tomado el pelo? — ¿Por qué? —Por lo de las doscientas mil unidades. — No sé. —Es que a una peseta que cueste cada unidad supone una fortuna. Y yo no traigo más que quinientas pesetas. Lo de la abuela no es un grano, además. —No te preocupes. Ya lo arreglaremos. Atravesaron otra calle y una pequeña plazuela sin hablarse. Sebastián se detuvo de pronto: —Mira, aquí hay otra farmacia de guardia. El dependiente movió la cabeza, denegando: —Si no la encuentran en el Colegio de Farmacéuticos tendrán que buscarla de estraperlo. No hay nada y no lo habrá hasta la semana que viene. (Sebastián pensó que a la semana siguiente el vientre de la abuela tenía todas las probabilidades de haber dejado de sonar.) —Vamos al Colegio, anda. — ¿Dónde está? —En la Plaza del Rey. Atravesaron las calles vertiginosamente. Las piernas de Sebastián se movían automáticamente. No se le cansaban, sin embargo. Era más bien como si fuesen de una sustancia insensible y las vitalizase algún mecanismo autónomo, independiente de su voluntad. —Esperen un momento; voy a preguntar. Desapareció y volvió a aparecer, con crispante lentitud, un hombrecillo calvo con expresión de no saber por dónde se andaba. Debía de ser el conserje del Colegio: — ¿No traen ustedes receta? —No. —Aurora miró a Sebastián con ademán desolado—. Sólo traía el dinero, y... —No es suficiente. Miren ustedes, con esto se han cometido muchos abusos y nos está rigurosamente prohibido despachar sin receta. Sí, no dudo que será un caso extremado, pero es preciso que llamen al médico, y... les recete a ustedes la penicilina. Aurora se sintió derrotada en toda la línea. Abandonó el local dejando al hombrecillo de los ojos despistados con la palabra en la boca. Corrían ahora hacia casa sin acusar la rigurosa temperatura. A medio camino comenzó a nevar. Se descolgaban los copos del cielo con indolencia, sin prisas, como regodeándose en la impresión del descenso. La nevada era tan lenta que no cuajaba en el suelo. De vez en cuando el viento, muy frío, arrastraba los copos lejos del lugar escogido por ellos como punto de aterrizaje. Era la hora de comer y las calles se hallaban solitarias. Sólo en el barrio, los chicos, a pesar del intenso frío, habían organizado un desfile pintoresco y marcaban el paso al compás del redoble de un tambor que era una vacía lata de atún. —Gracias a Dios, todavía no está la puerta cerrada. Sebastián consideró atinada la observación de Aurora. Las puertas abiertas de par en par indicaban en la pequeña ciudad que el enfermo alentaba aún. (Se dijo Sebastián que era un tanto ineficaz y absurda esa costumbre de cerrar las puertas de las casas después que la muerte había logrado entrar.) Ascendieron precipitadamente las escaleras. Doña Claudia salió a abrir e interrogó con voz amortiguada: — ¿Traéis la pinicilina? Doña Claudia decía pinicilina en vez de penicilina. Aurora negó con la cabeza. — ¿Cómo sigue, mamá? —Parece que no tiene remedio. A la sombra de la desgracia inminente le resultaba menos embarazoso a Sebastián volver a entrar en aquella casa. Pasaron a la habitación donde merendaron la tarde anterior. El señor Sixto discutía con el médico; el tío Cleto permanecía derrengado y como ausente, desplomado sobre un sillón. —Le digo a usted que yo he visto casos mucho peores resolverse con la penicilina. Si no lo hubiese visto, no se lo diría. Y como a mí el precio no me importa, quiero la penicilina. Si la enferma se muere, bien muerta está, pero yo he de agotar todos los medios a mi alcance antes de que eso llegue a suceder. Usted me perdonará, don José, pero yo no creo que sean éstos momentos para andarse con vacilaciones. Yo de medicina no entiendo un pimiento, pero quiero la penicilina y la tendré, saltando lo que haya de saltar. —Escúcheme... La entrada de Aurora y Sebastián cortó pasajeramente la discusión. La muchacha respondió a la mirada interrogativa de su padre y bajó los ojos: —Hace falta la receta del médico, papá. Como empujado por una corriente eléctrica, el señor Sixto se volvió hacia el doctor: — ¿Ha oído usted? La penicilina puede ser su salvación, y... — ¿Es que no quiere usted entenderme? Es la última vez que se lo digo: ¡el corazón no tiene nada que ver con la penicilina! El médico hablaba a gritos, evidentemente contrariado. La respuesta del señor Sixto fue grosera, definitiva: —Está bien; ¡váyase usted a hacer...! El doctor tomó su sombrero y salió dando un portazo. El señor Sixto soltó un juramento atroz; luego añadió: —Estos médicos ni por Dios se apean de su burro. Se les mete una cosa en la sesera y ya les puede usted ir con razonamientos y con buenas palabras. Han dicho blanco y ha de ser blanco aunque usted les demuestre lo contrario. El tío Cleto se levantó de la butaca y prendió un pitillo. Era un tipo menos corpulento y congestivo que el señor Sixto a pesar de ser hermanos: —Estás obcecado, Sixto. El médico sólo te ha dicho que la penicilina es inútil en este caso. Es lo mismo que si tú pides unos guantes para curarte los sabañones de las orejas. — ¡Maldita sea! ¿Es que también tú vas a ponerte de su parte; o es que no me explico; o es que no os da la real gana de entenderme? Doña Claudia se asomó con el gato en brazos: —No chilléis de esa manera; estáis molestando a mamá... Aurora susurró al oído de Sebastián: — ¿Quieres verla? Sebastián asintió, desganado, lamentando que la desgracia que flotaba en el ambiente no le llegase más dentro. La Aurora le tomó de la mano y ambos pasaron a la alcoba adyacente. La abuela estaba allí, acostada, respirando ahogadamente, aunque con la misma sonrisita deshuesada, de niño de teta, de la víspera.

Una vecina, poco más joven que ella, no hacía más que repetirle, recostándose en el catre: — ¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila. La viejecita proseguía impertérrita, ajena a la inmediata proximidad de la Cirila, con la sonrisita perdida en su faz consumida e inocua. Estaba tan delgada que su cuerpo no hacía bulto en la ropa y sólo al final de la cama se erguían dos agudas prominencias como si se hubiesen metido entre las sábanas dos estacas en punta. Eran los pies de la abuela. — ¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila —reiteró la visita. La Aurora se aproximó a ésta: —No se moleste; ya no conoce. — ¡Cómo no va a conocer! Lo que pasa es que la pobrecita ya no puede valerse. —Se recostó sobre la enferma y le volcó su aliento a dos dedos del oído, con recalcitrante tozudez—. ¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila. Salieron y la Aurora se enjugó una lágrima con el dorso de la mano: —Debe de estar muy mal, ¿no te parece? Sebastián admitió la gravedad con un movimiento de cabeza. Aún permaneció una hora al lado de la Aurora, preguntándose por qué aquel doloroso acontecimiento no le sacaba de su indiferencia y por qué razón sentía aquellas prisas irreprimibles por marcharse. A la una y media la dejó sola prometiendo volver en cuanto saliese de los Almacenes. Aurelia le esperaba impaciente: — ¿Cómo está la señora Zoa? —Muriéndose. —Dicen por ahí que al médico no le ha dado la gana de ponerle la chisma esa... como se llame. — ¿Cuál, la penicilina? —Sí, eso. Orenca miraba de una a otro sin decir nada, aprehendiendo cada una de sus palabras. Sebastián contestaba de mala gana. Jamás halló recreo en aquellas insulsas y primitivas conversaciones domésticas. (Una vez más constató la espléndida facilidad del barrio para difundir toda clase de noticias hasta los más apartados rincones. El barrio era así, cotilla y comentador, aparatosamente impresionable. A buen seguro el médico de cabecera del señor Sixto no volvería a encontrar en él un solo cliente.) — La penicilina no le va, madre. Es una tontería muy extendida pensar que la penicilina es un agua milagrosa que lo cura todo. —Pero dicen que por ponerla, nada se pierde. Podía haberlo intentado. Tal vez así... Sebastián no contestó. Comía sin apetito, maquinalmente, apremiado por el deseo de acabar pronto. Cuando concluyó, cogió el abrigo y se fue a los Almacenes. En el camino sorprendió a varios grupos comentando desfavorablemente la recalcitrante oposición del médico a aplicar la penicilina a la señora Zoa. Una vez en la tienda, se olvidó de todo y entonces se dio cuenta de que sólo vivía espoleado por la esperanza de volver a ver a Irene. Ella era lo único que le importaba. Le desazonaba su remembranza, el recuerdo estimulante de su perfección, aquella mirada oblicua desde el borde de las pestañas que le dirigiera con sus ojos verdes al abandonar la otra tarde el establecimiento. En contraste, la Aurora y todo lo que la rodeaba le ocasionaba malestar. Le mortificaba el señor Sixto con su carácter impetuoso y rudo, la abuela moribunda, doña Claudia tan tosca y tan zafia, y, sobre todos, el Sixto con su lengua lancinante, con su contextura moral de mozo malcriado y ensoberbecido. Recordó, de pronto, su actitud de la tarde anterior y se sobresaltó. ¿Qué querría decirle con aquello de que si no les estaba tomando el pelo a todos? ¿Es que sospechaba la verdad de sus sentimientos hacia la Aurora? ¿O se figuraba, equivocadamente, que él no iba más que por los cuartos, indignamente amasados, de su padre? «Bah, que piense lo que quiera», se dijo Sebastián, y como oyera abrirse la puerta de cristales del establecimiento, volvió la cabeza ilusionado con la posibilidad de toparse con Irene. Pero Irene no apareció aquella tarde por los Almacenes y, al concluir la dura jornada, Sebastián sintióse deprimido. No obstante, tan pronto dieron las siete se embutió en el gabán y salió. Continuaba haciendo frío, aunque el viento impidió que la nevada llegara a formalizarse. Por la calle Principal paseaba la gente produciendo un rumor confuso de pisadas que se arrastran y conversaciones sostenidas a media voz. Sebastián atravesó la calle y se cerró las solapas del abrigo al notar que una ráfaga helada, aguda como un cuchillo, le atravesaba el pecho. «¿Se habrá muerto?», pensó, de repente, recordando a la viejecita postrada. Y la duda le hizo acelerar el paso. (Al divisar el convento gris de los capuchinos experimentó un repentino sobresalto al figurarse la candelita encendida junto al sagrario, proyectando sobre los anchos muros la silueta fabulosa del cura de las barbas.) Intencionadamente cambió de acera para ver desde más lejos el portal de la casa del señor Sixto. La puerta serviría, como en la mañana, para transmitirle las primeras novedades sobre el estado de la señora Zoa. Aunque la vida de la vieja no le inquietaba, miró con relativa ansiedad al portal. «Está abierta... Está cerrada... No, no, está abierta. ¡Está abierta!» Cruzó de nuevo la calzada y subió apresuradamente las escaleras. La Aurora le abrió y en los ojos enrojecidos y en la expresión idiotizada de la muchacha Sebastián adivinó que la puerta de abajo no tardaría en cerrarse. —Ven, deprisa, la abuela está agonizando. Al pasar por la cocina, Sebastián sorprendió a doña Claudia haciendo arrunacos al gato persa: — Ven tú, monín mío; ven tú a consolar a mamá. Tití maulló y saltó blandamente sobre el regazo de doña Claudia. En la puerta de la alcoba Sebastián se detuvo horrorizado. El señor Sixto y su hijo forcejeaban con la moribunda, pretendiendo embutirla en un fúnebre traje negro. El Sixto parecía disgustarse ante la natural pasividad de la anciana: —Vamos, abuela, ¡coño!, no sea tan terca. Luego se queda usted rígida y no hay Dios que la vista. Sebastián se asió al marco de la puerta para no caer. El tío Cleto contemplaba la macabra escena con los ojos enrojecidos, pero sin oponerse. La pobre vieja se dejaba amortajar sin fuerzas para nada, dibujándosele en su boca de labios pálidos y

arrugados su eterna y lánguida sonrisa. —No quiero que me vuelva a pasar como con el abuelo, ¡demonio! — proseguía, entre dientes, su monólogo el Sixto—. Luego se quedan fríos y tiesos como garrotes y no hay macho que se atreva a ponerles una prenda encima. Alrededor había varias vecinas contemplando indiferentes la lúgubre operación. Al fin, la abuela quedó vestida y entonces el señor Sixto le izó con cuidado la cabeza y le colocó sobre el pecho consumido un escapulario del Carmen. Cuando concluyó todos estos preparativos la besó en la frente y se quedó inmóvil, a los pies de la cama, con los brazos cruzados y como diciendo: «Cuando guste, madre; ya puede morirse». Sebastián se vio abocado al desmayo. Contra costumbre aquilató el abrazo de la faja de franela opriniéndole las vísceras, pero permaneció quieto, sin pestañear, observando con concienzuda atención el rostro de la abuela. Un difuso recuerdo de sus años de colegio le inbuía la idea de que estaba asistiendo al solemne momento de un tránsito; al instante decisivo en que un alma se desgaja de un cuerpo dejando a éste convertido en un puñado de polvo. Recordó las palabras del hombre de las barbas y pensó si la abuela no sería también de aquellas personas que descuidan el alma y sobrestiman el valor del cuerpo. Un vago escepticismo volvía a adueñarse de él. Sin embargo, proseguía mudo, absorto, con los ojos clavados en los labios entreabiertos de la viejecita, aguardando ver salir por ellos una especie de nube algodonosa o un jirón de niebla ingrávito y blanquecino. Quizá, tal vez una llamita tenue y azulada como la palmatoria que ardía en el ara del convento de los capuchinos. Se mantenía suspenso, arrobado, como si de aquel definitivo trance dependiese toda su fe para el porvenir. Los presentes contenían la respiración en una expectativa anhelante. De vez en vez, la nariz aguileña de la moribunda se contraía como si fuese a estornudar. Pero era la boca, la boca entreabierta en una corta sonrisa, aquella boca de labios cárdenos y exangües, lo que fascinaba a Sebastián. Su imaginación enhebraba ahora los más insólitos pensamientos. Se figuraba fantásticamente, pero con una precisión extraña, el color de los pecados de los hombres. Ya no era el indistinto polvo de carbón lo único que podía mancillar la albura de un alma. El tono negro correspondía, en la mente de Sebastián, a los pecados contra la fe; el verde, a los pecados de la carne; el rojo, a los de soberbia; el amarillo, a los de gula... Imaginó que tal vez el ánima de la anciana saliese aureolada de un color amarillento, como el producido por un cólico hepático. Se dio cuenta de que pensaba así acordándose de la merienda de la última tarde, y compelido por una profunda convicción de que la gula y la soberbia eran los pecados característicos de la vejez, como el de la lujuria era el de la juventud. De pronto, una contracción muscular de la vieja le dejó petrificado. La miró, concentrando la atención en los labios entreabiertos, y le pareció adivinar un borbotón de aliento blanco, impoluto, que ascendía paulatinamente hacia el techo. Le estremeció la voz hiposa, como un sollozo retenido, de la Aurora a su lado: —Se había confesado esta mañana. Los músculos faciales de la anciana se relajaron a continuación. El señor Sixto se aproximó a ella y la tocó en el corazón: —Ha muerto —dijo simplemente. Y como si aquellas palabras fuesen la contraseña esperada, todas las mujeres que rodeaban la cama rompieron en unos lamentos quejumbrosos y agudos. La vieja sonreía al vacío y se mantuvo indiferente cuando su hijo Cleto se acercó piadosamente a ella y le cerró los ojos. Fue tres días después del entierro de la señora Zoa cuando Sebastián, al regresar a mediodía de los Almacenes, tropezó con una Orenca rebelde, excitada, rígida de indignación. Apenas le dio tiempo a pasar al cuarto de la camilla cuando le vomitó a bocajarro: —¿Sabes lo que has hecho, Sebastián? ¡Di! ¿No sabes que la Aurora está embarazada de cuatro meses y que todo lo que ha hecho contigo es una comedia asquerosa para atraparte? Di. ¿No lo sabías? La habitación le daba vueltas y, de momento, no tuvo palabras para responder. Una mezcla de lástima y repugnancia pugnaban en él al mirar, aterrado, a su hermana. De momento le enervó la conciencia de su estupidez al intuir que la afirmación de la Orenca era rigurosamente cierta. No obstante, aquella chiquilla pálida y desgachada, de mirada grande y vacía, se le representaba ahora como una Aurelia en miniatura, una Aurelia enfundada en su esmirriado cuerpo. La explosión airada de la chiquilla, con unas palabras impropias de su edad, le aplastaron. — Pero... ¿qué dices? ¿Qué... qué estás diciendo, Orenca? Un sudor viscoso y frío le resbalaba por los costados; le empapaba el cuerpo; temblaba al pensar en su extravagante postura, al comprobar la presencia de una nube densa y negra que gravitaba como una losa sobre su amor propio, aplanándolo. ¡Ah, aquella bárbara sinceridad de la Orenca! ¡Cómo le asqueaba de repente aquella niña lánguida y triste, expresándose con descarnado impudor como si fuera la mujer más libre y deslenguada del barrio! ¿Y era esto, en realidad, lo que le aplanaba o era, sencillamente, la conciencia de su miopía, de su falta de perspicacia para intuir un hecho que nadie a estas alturas debía de ignorar en el barrio? Orenca continuó en un brusco arrebató: —Sí, ella y doña Claudia... Doña Claudia ha dado dinero a madre para que tú tapases el hijo de la Aurora. Ya te decía yo que no me gustaba, que no... — ¡Oh, eso no es verdad, maldita!, ¡calla! ¡Eso no es verdad! Algo fuera de todo hábito le cegó. Una indignación desconocida le sacudió el cuerpo y se localizó, como un acuciante e intenso hormigueo, en la punta de los dedos. No pudo reprimirse. Levantó la mano y golpeó a su hermana con toda su fuerza, con todo el aborrecimiento acumulado hacia ella, hacia su lengua viva y abrumadoramente sincera. La pequeña estaba erizada, vibraba al rozarla como la cuerda

tensa de un instrumento. — ¡Puedes matarme! ¡Puedes hacer lo que quieras de mí! ¿Me oyes, Sebastián? Pero no conseguirás que me calle. ¡Han jugado contigo, te han engañado miserablemente! ¡Oh, qué horror! ¿Es que creíste alguna vez que la Aurora te aceptaba por ti mismo, que te quería por tus cualidades o siquiera por compasión? — Hablaba y lloraba al mismo tiempo. Sus palabras salían a chorros de sus labios, zumbantes y dolorosas, y Sebastián aquilató, por encima de su aturdimiento, que los chillidos histéricos de la Orenca le herían en un sitio vital; que las expresiones tremendas de su hermana significaban una traducción literal de sus ominosos actuales pensamientos — ¡Hoy la gente no compadece a nadie, ni le importa nadie! El mundo es una cosa cochina, ¿me entiendes? Te han atrapado a ti para tapar la marranada de la Aurora y del otro. ¡Ya te decía yo...! — ¡Calla, calla! ¿Es que no te puedes callar? — Se cubría los oídos con las manos; pero más que por no oír, era ésta una reacción instintiva ante el vago temor de que su cráneo pudiese estallar como una nuez (el cráneo de un gorrión) entre la palanca de un cascanueces. Orenca se calmó de súbito, pero no calló. Hablaba ahora como una máquina parlante, sin inflexiones ni gradación en su tono de voz. Habían desaparecido, como por ensalmo, su excitación y sus histerismos: — Ayer vino doña Claudia... Ha venido muy a menudo en estos últimos tiempos, ¿sabes?... Madre se creyó que yo no estaba en casa y hablaron tranquilamente. Pero yo lo estaba oyendo todo desde mi cuarto. A Sebastián le arrastraba una rabia sorda y creciente, un impulso seco y descarnado. Su aversión hacia su madre se trasmudaba en un sentimiento de odio acendrado, indigesto, expansivo. Se imaginaba muy bien la escena que la Orenca relataba con irritante prolijidad. Pero, sin embargo, deseaba saber más, más, hundirse con mórbida delectación en aquel piélago de iniquidades. — ¡Habla, habla, di! ¿Qué más decían? Que qué tenía yo que valiese más que un choto, ¿verdad? ¿Qué más? ¿Qué más decían? Ahora Orenca retrocedía ante su mirada ávida y desorbitada. Mas él la perseguía implacable, con la cabeza adelantada, clavando fieramente los ojos en el semblante de la niña. En aquel momento se oyó por el pasillo el andar perezoso y cansino de Aurelia. Sebastián desvió la mirada hacia la puerta y se quedó así, inmóvil, con la cabeza un poco avanzada y ladeada como un perro de caza marcando la postura. A poco apareció Aurelia, indiferente, en el umbral, envuelta en la pringosa cazadora militar, introduciendo sus manos amarrotadas debajo de las axilas: — ¿Qué escándalo es éste? ¿Qué pasa aquí? Orenca guardó silencio y un relámpago de desafío le brilló en las pupilas, normalmente apagadas. Sebastián no se movió, limitándose a envolver a su madre en una mirada incisiva. Aurelia, a pesar de su obtusa perspicacia, lo comprendió todo instantáneamente y palideció. — ¿Qué es eso? Tú estabas ayer ahí, ¿verdad, cotorra del demonio? — Aurelia se decidió al fin. Se adelantó hacia Orenca y la zarandeó con una expresión descompuesta en el rostro—. Ya me lo oía yo. Estabas escuchando como una zorra indecente, ¿verdad que sí? Pero yo te juro que te voy a escarmentar para toda tu vida. Voy a partirte esos hocicos de rata parlona que tienes... Conforme hablaba, Aurelia golpeó a la niña con los puños crispados. Los golpes producían un rumor sordo, un ruido característico de colchones vareados. Sebastián se adelantó y sujetó a su madre por la muñeca con una tenacidad de lapa: — ¿Por qué la emprendes con la niña? ¿Qué culpa tiene ella de lo que ha pasado? No quiero escándalos, ¿me oyes? ¡No quiero escándalos! Aurelia se volvió a él: — ¿Cómo te atreves? Suelta, desgraciado, suelta o... Pero Sebastián no desfallecía. Comprendía que por una vez tenía agallas suficientes para reducir a su madre, para exigirle una rectificación urgente y completa. Aurelia se encontraba tan excitada que no hacía más que mover los labios sin llegar a expresar palabra alguna. — Esto sólo tiene una solución — siguió, más firme, Sebastián—. Vas a devolver a doña Claudia hasta el último céntimo. Yo no voy a casarme con la Aurora. De un tirón, Aurelia liberó su muñeca: — Eres orgulloso y estúpido como tu padre. ¿Qué más puedes buscar tú, dime? ¿Es que con tu facha puedes aspirar a otra ocasión mejor que ésta? En un segundo cambió la expresión de la Aurelia. Se dirigió a Sebastián y le pasó un brazo melosamente por los hombros. Su voz era alterada, pero suave: — Tuya es la mitad. Es justo eso. No me atreví a decírtelo antes. El cuerpecillo de Sebastián emanaba una enhiesta y orgullosa cólera: — No busco dinero ni lo quiero a costa de mi amor propio, ¿me entiendes? Di, ¿me entiendes? Quiero que devuelvas hasta el último céntimo. — Pero, dime, monigote. ¿Yo aquí no soy nadie? ¿No merezco, después de haber sufrido contratiempos y miserias para sacarte a flote, alguna compensación? Tornaban las voces avinagradas, desabridas. Sebastián aparentaba una calma absoluta, como si tras la colérica actitud inicial se hubiese agotado su capacidad de indignación: — Ya lo has oído. No quiero casarme con la Aurora. Todo es inútil ya. Ahora mismo voy a enterarla a ella. — ¡No, tú no harás eso, puerco! Siquiera por respeto a mi palabra. He empeñado mi palabra, ¿sabes? Yo consideraré la cosa como una buena oportunidad para ti y por eso lo hice; nada más que por eso... La Aurora es rica, ¿comprendes? Tú podías vivir cómodamente por el resto de tus días. ¿Qué importa la criatura? Una vez casados, el crío es tan tuyo como tú mío. Y tú te reirás del mundo con una mujer al lado que te quiere y te dé de comer. Porque la Aurora te quiere ya, ¿lo sabes? Se ha acostumbrado a ti. No, Sebastián, tú no puedes hacer eso que piensas... El estado de ánimo de Aurelia tenía altibajos sensibles. Su tono de voz terminó siendo impetrante, mientras le perseguía a lo largo del pasillo. Mas Sebastián no transigía. Pese a su calma externa notaba en su interior

un vacío opaco que lo angustiaba. Se había trazado una decisión y la pondría en práctica por encima de todos los obstáculos. Abrió la puerta y salió a la caja de la escalera. Aurelia lo siguió. Forcejearon un rato: — ¡Déjame, maldita seas! ¡Déjame en paz! Su madre le sujetaba por las solapas. Tenía el semblante descompuesto, y una espuma blancuzca, como de saliva demasiado consistente, se le pegaba a las comisuras de la boca. — ¡Entra, cochino! ¡Vuelve a casa si no quieres...! ¡Pedazo de...! Le denostaba con horribles palabrotas. Vocablos gruesos y detonantes de carretero malhumorado. Sebastián le dio un empujón y descendió corriendo las escaleras. Por detrás, en la espalda, se le clavaban los improperios cada vez más abyectos y groseros de la Aurelia. Salió a la calle un poco aturdido. Su respiración era irregular y agitada y para serenarse caminó hasta la iglesia y luego regresó muy despacio. Vaciló en el portal de la Aurora, mas enseguida se sobrepuso y ascendió sin prisas los escalones. Dudó antes de oprimir el timbre y escuchó acercando la oreja a la mirilla. No se oía nada fuera del maullido lejano y quejumbroso de Tití, el gato persa. La casa del señor Sixto se veía agobiada por el luto reciente y semejaba descansar aún de los plañidos incesantes, agudos, de la tarde del entierro. Al fin, se decidió y pulsó el timbre con un dedo tembloroso. Le abrió doña Claudia: —Buenos días, ¿está la Aurora? —Sí, pasa. ¿Qué te trae a estas horas por aquí? —Quiero hablar con ella un momento. Salió la Aurora enlutada y apática y dijo con un mohín de desagrado: — ¿Qué quieres? íbamos a comer ya. Doña Claudia se había retirado y la muchacha y Sebastián estaban frente a frente en el vestíbulo. El recuerdo cálido y opresivo de la humillación desató repentinamente la lengua de Sebastián: —Sólo vengo a decirte que he cambiado de parecer. No voy a casarme contigo ya. Ha sido todo un error. Palideció el rostro de la Aurora y le tomó por la manga de la chaqueta. —Ven, entra aquí. ¿Qué estás diciendo? Habían pasado a una sala reluciente y presuntuosa, con una gruesa alfombra de nudo cubriendo casi enteramente los baldosines rojos del pavimento. Ella insistió: — ¿Qué quieres decir? —Ni más ni menos que lo que he dicho. No vamos a casarnos ya. Mi madre devolverá el dinero hasta el último céntimo... La Aurora tartamudeó y buscó a tientas una silla donde sentarse: — No... te... entiendo, Sebastián. — ¿Por qué vas a hacerme hablar más claro? Es un asunto desagradable, ¿no? Yo nada tengo que ver con ese hijo que esperas. ¡He sido un necio! Eso es todo... Sonó la voz de la Aurora como a través de un tabique, pero despojada ya de todo artificio: — ¡No puedes hacer eso ahora; no puedes hacerlo, Sebastián! Yo te quiero. ¡Te lo juro! Te quiero como nunca me imaginé que pudiera llegar a quererte. No me dejes ahora así... ¡Te lo suplico! Todo lo pasado debes olvidarlo. Debes ser generoso... Aquella visión de la Aurora arrastrándose, implorando, al fin, consiguió imbuirle una más sólida seguridad en sí mismo: —Es en vano. No estoy dispuesto. Me parece que la lección no ha sido pequeña. Ya estoy escarmentado. La Aurora comenzó a llorar crispadamente. Se arrodilló a los pies de Sebastián: — ¡Dios mío, qué vergüenza, qué vergüenza! ¿Qué puedo hacer para que me perdones, para que te olvides de mi horrible conducta? Te juro por Dios que seré sólo para ti, Sebastián, que te serviré como una esclava... Siempre. Pero ayúdame a ocultar esta vergüenza. ¡Por amor de Dios... ayúdame! Esta irritante sumisión exaltó a Sebastián, soliviantó sus ánimos más aún que si la Aurora hubiese adoptado una actitud engallada, de diosa ofendida. — ¿Por qué he de ser yo quien resuelva tus porquerías? ¡Di!, ¿por qué? ¿Qué tengo yo que ver con tus devaneos y tus indecencias? ¿Te parece aún pequeña mi degradación que aún me requieres para continuarla? ¡Por Dios te digo que me dejes en paz, Aurora! —Óyeme, tú... —Le miraba desde abajo con las gafas empañadas por las lágrimas. Tenía la cara enrojecida y las facciones abultadas y feas—. No seas intransigente, Sebastián. No te vayas sin oírme, por Dios bendito. Yo no tuve casi culpa. Fue todo una locura, una insensata locura. Pero te juro que todo ha pasado ya. No quiero ni volverme a acordar de ello. ¡No quiero...! Volvía a llorar con acrecentado desconsuelo. Sebastián se sentía a sí mismo duro e irreductible. De su antiguo sentimiento por ella, fuese amor o compasión, no restaba más que un solemne y creciente desprecio. Miraba indiferente sus espasmos y convulsiones y se le antojaba que todo aquello era una farsa más, una prolongación de la amarga comedia en que él había jugado tan buena parte. La contemplaba con irritación, con repugnancia casi, e íntimamente se confesó que su físico, abultado e inarmónico, le repelía. De súbito aquilató dentro de sí una punzada de curiosidad, de fría e impersonal curiosidad: —Dime: ¿quién fue él? — ¡Oh, qué importa eso! ¡Qué importa eso! —Se quedó boquiabierta, mirándole, sin llorar. Luego enmendó: — Bueno, sí, fue Benjamín Conde, ¿para qué voy a ocultarlo? Ya lo sabes: el hijo del contratista. Pero ¿qué importa eso ahora, Sebastián? —insistió. Sebastián tuvo una fugaz visión: — ¿El chico del abrigo marrón y la bufanda amarilla? La Aurora asintió sin hablar. (Sebastián notó unas ganas horrosas de reírse a carcajadas al recordar la ensoñada visión de Benjamín Conde haciendo cosquillas en las axilas de la Aurora con la punta de un mondadientes.) Se separó de ella con asco. Volvía a sentirse furioso, intransigente. ¿Por qué andar con rodeos y paños calientes con una mujer que no había dudado en arrojarle a la cara la menos piadosa de las humillaciones? Deseó, de pronto, aplastarla sin más, como a un reptil, vocearle el concepto que su conducta le merecía, regodearse sádicamente en su turbación y su angustia: — ¡Quita, apártate de ahí! —dijo, acercándose a la puerta—. ¿Por qué no vas a él a hacerle esta escena? Me parece a mí que es el más indicado.

¡Háblale del hijo que esperas! ¡Háblale de tu estado y de tu vergüenza! ¡Háblale de todas esas cosas asquerosas que tenéis entre los dos! ¿Oyes? Y dile de paso... dile de paso —se acaloraba Sebastián, se acaloraba paulatinamente como si en cada palabra que pronunciaba hallase un nuevo acicate que estimulase su airada locuacidad— que Sebastián Ferrón ha dejado de hacer el cretino; que como los monos ha abierto los ojos un poco tarde, pero al fin con tiempo suficiente para escurrir el bulto. ¡Eso, eso! Dile todas esas cosas y las demás que se te ocurran a ti... Y si se tercia... si se tercia... puedes tocarle el corazón... —Agarró Sebastián el picaporte de la puerta y la entreabrió. La Aurora le miraba por encima de las gafas, con una expresión demudada, de pasmo e impotencia. Seguía de rodillas sobre la alfombra, con los brazos en cruz y los dedos crispados, imitando burdamente la Dolorosa de Juni—. Sí, tócale el corazón, a ver si le conmueves; tal vez no sea difícil. No parecía mal chico... Además... además... —

Advirtió súbitamente que se le acababa la cuerda, que no tenía más que decir. Entonces cerró la puerta con furia, al tiempo que, instigado por un recóndito instinto melodramático, gritaba con énfasis: — ¡Hasta nunca, Aurora! Descendió las escaleras resollando, estremecido aún por la fuerza de la escena. Los sollozos de la Aurora le perseguían cada vez más amortiguados. Abocó a la calle y comenzó a andar deprisa, sin rumbo previsto. Las imágenes se le atropellaban confusas y alborotadas en la mente. Reinaba en ella un caótico desorden, aunque presidido por la conciencia clara de su vejación. No quería comer; no lo hubiese conseguido aun deseándolo. Además no volvería a casa hasta la noche. Detestaba renovar pleitos añejos o remover problemas ya resueltos. A la noche la excitación habría amainado y nadie osaría replantear la cuestión. Atravesó la ciudad y se encontró siguiendo la ribera del río, impetuoso, y de un sucio tono achocolatado. Más arriba debía de haber llovido de firme en los últimos días. Los chopos, erguidos en las orillas, resaltaban sobre el fondo gris del cielo como los palotes tembloteantes del cuaderno de un niño. Algunas barcas surcaban la corriente y, pese a su línea achaparrada y al tono desagradable de las aguas, detentaban una airosa y gallarda apariencia. Continuó andando Sebastián sumido en sus cavilaciones, y sin darse cuenta se vio sobre el puente de piedra que salvaba el río, asomado al pretil. Las aguas, espesas y turbias, chocaban con los pilares por debajo de él; parecían anudarse en una madeja irresoluble, mas luego reanudaban la marcha más veloces, como deseosas de recuperar el tiempo perdido. La cabeza le daba vueltas a Sebastián. Tornó a observar las dos hileras de afilados chopos que fijaban el curso de la corriente, y luego zambulló nuevamente la vista en los revueltos abismos de espuma a sus pies. Aquellos remolinos le fascinaban. Le atraían, insinuándole la posibilidad de concluir de una vez con todas las pesadumbres. El agua producía, al topar con los pilares, un chapaletazo casi cristalino, como la lengua de un niño que aún no ha aprendido a vocalizar. Todo era sugestivo y fácil, extremadamente sencillo y tentador. La cabeza le ardía y suponía una aspiración demasiado ambiciosa imaginar que aquellas aguas espesas y heladas pudiesen cerrarse alrededor de su cráneo enfriado. Entonces le pareció que le llamaban. Escuchó un rato, inmóvil, para cerciorarse, e inmediatamente oyó pronunciar su nombre con absoluta claridad. Le costó un gran esfuerzo reaccionar, y cuando giró la cabeza y divisó al tío Cleto haciéndole señas con la mano desde la acera de enfrente, emitió un ronco y acongojado suspiro. —Mire usted qué oportunos —le dijo aquél regocijado—; ya voy para allá. Podemos aprovechar si usted quiere para ver la fábrica. Es un buen momento... (El señor Cleto se llevaba, de vez en cuando, una uña a la boca y escarbaba en el sarro, produciendo un ruido semejante al de los ratones al roer la tarima.) Anduvieron uno junto a otro y atravesaron el puente. Entraban en un sucio y maloliente suburbio de rústicas edificaciones de adobe, donde la mayoría eran cuerdas o inmensas corralizas donde se amontonaba el estiércol. De vez en cuando tropezaban con un solar lleno de latas oxidadas y cascos de vidrio. Al fondo vislumbró súbitamente Sebastián un edificio de adobe de una sola planta, desconchado y caduco, con un letrero sobre la puerta cerrada que decía: «Cleto Fernández. Fábrica de Cola», y sin saber por qué, en ese instante acreció su simpatía por el señor Cleto. Éste se volvió a Sebastián, deteniéndole por un brazo: — ¡Ah, Ferrón, ya decía yo que tenía que decirle algo! El otro día no me fue posible. El Sixto, ¿sabe? — Levantaba las cejas como para completar la frase—. Y no es que mis hermanos sean malos, ¿comprende usted?; pero son egoístas. Atiéndame; los demás cuentan muy poco para ellos cuando se trata de salvar del naufragio a algún miembro de la familia. Y a mí, la verdad, no me parece correcto lo que intentan con usted... —Reanudaron la marcha hacia «Cleto Fernández. Fábrica de Cola»—; porque... porque ¿sabe usted lo de la Aurora? Si usted lo sabe y pasa por ello... —Volvió a levantar las cejas, acompañando este ademán de una mueca ambigua que podría interpretarse como un «allá se las componga». Luego continuó—: Pero si no lo sabe... Sebastián le observó de reojo y tuvo que reprimirse para no abrazar al señor Cleto. —Lo sé ya todo; gracias... muchas gracias de todas maneras. Ante la puerta de la fábrica se detuvieron mientras el señor Cleto buscaba la llave en sus bolsillos. Se sonrieron con mutua comprensión. —Bueno —empujó la desvencijada puerta con el hombro—, vamos a ver si vemos esto... A no ser que... —Dudó al dar vuelta a la llave de la luz. Una bombillita se encendió en un rincón iluminando dos artesas y un informe montón de grandes huesos de animales a sus pies—. ¡Ah, sí, mire! Dan luz hasta tarde... Hemos tenido

suerte. Pase, pase... (*university of pittsburgh act 31 course*).

Audiolibro A N Es De D A
Miguel Delibes Cap Tulos 6 7 8
9

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>